

# El hombre que hizo llorar al azar

Celino Gracia

MANIFIESTO  
DIRIGIDO A  
LOS POETAS

---







*Serie poesía*

© Celino Gracia, 2026  
© Diseño portada: Celino Gracia

*Primera edición: Julio 2026*

*Depósito legal: TE 130-2026*  
*ISBN: 978-84-09-88177-2*

Impreso en España por COMETA, S.A.  
Carretera de Castellón, km. 3,400. 50013 Zaragoza

*Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación  
puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera  
alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico,  
óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del autor.*

*Salvo que sea por un buen motivo.*

El hombre que hizo llorar al azar  
*Manifiesto dirigido a los poetas*

Celino Gracia



# I

Estoy empezando un grito que despertará a las piedras  
y a las torres del instinto  
y a los otros jugos humanos de la tierra  
un grito que es vuestro  
    corred, corred a decírselo a vuestras pestañas  
    corred a decírselo a la pureza con ramas de los siglos  
a los hemisferios solos, al pan de los domingos  
corred y decídselo  
habéis descansado ya durante demasiado tiempo  
habéis callado ya durante suficientes hijos  
os habéis acostumbrado a vuestras paces intermedias  
y ahora traéis ligeros materiales, resúmenes, conductas,  
hilos que continúan sueños con palabras útiles;  
tenéis entre las manos  
la realidad seca  
como una mesa sin asombro o un proyecto  
de sucesivas y tristes manzanas.  
¿Qué órganos os quedan, qué fiebres, qué monosílabos  
perfectos?

Queridos poetas míos,  
basta ya de pequeñeces, de virtudes cordiales, de modestias  
color zapato  
aspirad de nuevo a la fundación de archipiélagos y mimbres  
al descubrimiento de patrias con banderas, yeguas y mujeres  
a ser preclaros y egoístas, intransigentes y capaces  
organizad como si fueran vientos maestros  
los honores del porvenir.  
Basta ya de nociones, de intuiciones sin sudor denso,  
de verdades que duran la sílaba de un día.  
Empinaos, sollozad, lamed esquinas  
ese es el siguiente paso  
ahí os espera vuestra más digna encía  
y peces con misterio, y sésamos color de madre  
¿acaso no lo queréis ver?  
¿acaso no lo *podéis* ver?

¿Para cuándo guardáis vuestros ojos, la silla de vuestro  
carácter,  
su cazo intencionado?

Vuestras ensoñaciones, escuchadme, no son aire manco  
no son figuraciones ni nieblas con delirio  
ni resoplidos de loco  
vuestras visiones de hoy son el crepúsculo de las leyes  
que regirán el mundo

durante los próximos trescientos años.  
Cuidadlas como si eso fueran  
alimentadlas y amadlas como si eso fueran,  
porque eso son.

Tendréis una casa de cartón, no os preocupéis, tendréis  
una pequeña almohada y vuestra mujer con frutos  
tendréis vuestros malos pensamientos, vuestra paz  
entre dos domingos  
vuestros seis panes, vuestra sopa y media, y estrellas de hule  
y ceros coloquiales,  
vais a ser hermosos como mejillas, como estampas,  
como tiernos avisperos  
vais a donar y a derramar y a atardecer.

Pero tendréis también un pozo en la mirada: vais a ser  
relámpagos hondos de la ceja del alma.

## II

Están trayendo migas para un nuevo horizonte.

Vais a nacer, nacedores, estáis naciendo.

Las estrellas se desvisten, por vosotros, de antiguos  
tiempos razonables

quieren vivir sin teogonías, sin ayeres secretos,  
ser niñas otra vez.

Hay ríos que van a volver a la escuela

a olvidar lecciones de falsa y poética transparencia

a llenarse de barro las venas, barro hípico, creador  
mirad y ved

ya no es la hora de vuestras flautas y flautines

no sois bufones pontificios, no sois entretenedores de arrabal

asumid vuestros deberes de camino y de conciencia:

ha empezado ya la guerra de los ojos.

Niñez, vigila estas arterias

es el tiempo de la risa, del blanco duro, de los nuevos pastores.

Morded las pupilas, ellas son cauces,  
ved cómo les crecen hijos  
satisfaceos dentro de su universal rotación  
reíd como si fuera una patria vuestra risa  
venid pecho a pecho con vuestro mejor viento de infancia  
eternizaos en ese bosque mayor, en ese ronquido humano  
más hermoso que una tierra sin nombre  
o que una casa con una única ventana  
o que el pan del pueblo.

Habéis visto peces silenciosos como túnicas, habéis llorado  
junto a las piedras más sinceras  
dijisteis que habíais aprendido a navegar entre dos espejos  
que habíais llegado lejos, muy lejos  
como héroes de la luz o como barcos faeneros,  
que oísteis los cantos de los brujos de los días huecos  
y que huisteis de ellos  
de esos maestros de la nonada, padres escépticos  
que ni aman ni construyen ni comprenden  
dioses del nihilismo  
que tienen razones poderosas  
altas como montañas  
donde nada crece, donde nada crece.  
Y no discutisteis con ellos.

Bajad ahora a otras entrañas

venid a los valles donde sí soñaremos días aunque suframos días  
donde hay raíces necesarias y madres transitorias  
donde hay incertidumbre, sí,  
donde hay limitación, sí,  
y cansancio y desorgullo y quinientas visiones con techos  
mojados  
sí, quinientas dos veces sí,  
pero donde no todo es decir menguante  
donde aún hay pájaros del alma  
y decididas señales y madrugadas de hilo reinante,  
donde hay deserciones, delirios, evangelios de bandidaje  
y donde aún es posible despertar a las piedras  
¡venid a despertar a las piedras!  
para que ellas os hablen como nodrizas perfectas  
fuera ya de su anatomía y de la nuestra  
sin siglos, sin clima  
sino sólo con rachas de cordura y dulces vaticinios...

Vosotros sois, sí, vosotros sois los hombres, los poetas  
que harán llorar al azar  
pero estáis en sitios fingidos, en ciudades de trueque,  
lleváis zapatos que no os ajustan bien y os guiáis por  
constelaciones  
de las que no sabéis nada.  
El fuego que os alumbra no lo habéis prendido vosotros  
mismos

el agua de vuestra sed no entendéis de dónde nace,  
y aun así os soñáis maternales, tortugas capaces  
de traer verdades heroicas sobre vuestro regazo  
sobre vuestra respiración  
sobre vuestras caderas enmohecidas.

¿El sustrato de Dios? ¿El ámbito puro de la palabra?  
¿Qué pensáis desenmarañar? ¿En qué ocupáis estampas,  
meditaciones? ¿En latines fidedignos, en sermones comestibles?  
Mejor sería que os sentarais a ver cómo camina un buey  
que lo mirarais durante siete años  
y luego os incorporarais  
y no dijerais nada durante otros siete años.  
Hablad entonces de eternidades, con esa tierra en la boca,  
de fulguraciones celestes y de otras inundaciones vanas del alma  
¡atreveos a hacerlo impunemente!

Nunca os baste con una desesperación. Una sola es demasiado.  
Cualquier hombre sensato escogería al menos dos.

Tenéis impulsos decentes, virtudes color de bazo  
maneras de ser educados como hierbas comprensivas  
os falta extensión de amor, viaductos de amor  
el amor llevado un paso más es ya divina rabia  
os falta rabia, primogénitos míos, para la fundación  
de vuestros pequeños países

para la demolición de vuestras casas de medio balcón  
y órdenes de ciudadanía.

Sois perros acostados al calor del tiempo útil  
sois ensayadores de felicidades que no os incumben.

¿Felicidad? ¿No veis que hay una lentitud, una morosidad  
en esa palabra  
que os queda demasiado grande y demasiado corta  
demasiado justa y demasiado estrecha y holgada y chicamente  
ceñida

al mismo tiempo?

¿No os dais cuenta, funcionarios del alma,  
de que cada concepto prefiere su ley de situación,  
su perspectiva, su campo probable?

No hacéis vosotros nada jugando con el concepto felicidad  
está demasiado lejos y demasiado cerca  
del horizonte de vuestra delicada tarea.

Dejad que los niños se entretengan con esa palabra, poetas,  
que la tiren al aire, que traten de atraparla  
pero no os enredéis vosotros con esos hilos:  
no es vuestro juego, ni vuestro viento.

Y menos aún, vuestra estrella.

### III

Todos los nudos del alma, vuestros son,  
las órbitas, los martillos de los ojos  
no alcanzarán a ser, como os dijeron, préstamos admirables  
son vuestros en este ahora  
que es el ahora de todos los ahora  
dadles sus prestigios, lamed sus pirámides de sabor  
enterneceos por causa suya,  
decid: aquí nuestro perfil, nuestra arcilla,  
nuestra diástole.  
Contadlos como un golpe puro: no habrá segundo día  
en las fechas de su abundancia.

Olvidad la tierra,  
sus órdenes civiles, la caligrafía gorda de sus aceras  
no podéis ser santos de escuela  
no podéis ser oradores epilépticos, dioses sin verbo  
no sois locos tentativos ni buenos hijos ni padres donantes

sois primeros hombres  
sois curvas de gozo  
¿cuánto tiempo lleváis enterrando miel  
posponiendo uñas con sonido  
borrando vuestros hombros, uno por uno,  
de todos los calendarios?  
Venid a enhebrar madres, venid a rodar fuegos  
lo lograréis o no, quién sabe,  
fundaréis, germinaréis, seréis puercoespines mágicos  
qué importa lo más o lo menos, habréis caído  
y es bastante,  
hay una victoria en cada descenso, oídllo,  
un tanto que derrochándose, se gana  
un algo que ardiendo, ¡sabadlo, poetas!  
ilumina.

¿Queréis descansar, queréis una sombra junto al río  
y vuestra cintura allí, tendida como ganado satisfecho  
sobre la faz acostumbrada de la tierra?  
¿Queréis leyes sabidas?  
¿Queréis otros cien años de razones del tamaño  
de la luz simple del día?  
¿No aspiraréis, por una vez,  
a decir *no* a tanto engaño dulce  
a tanta alucinación sin verdaderos hijos  
a la resignación frente a los algo razonables

y las algas sinfónicas  
y los barcos cuya madera nunca llega a morir  
de verdadero amor?

Nómadas míos, príncipes míos, emborricados míos  
no lloréis tejas  
no pretendáis hogares, reposos, tenedores, semestres  
sois los pies de la tierra, sois su destino caminante  
para vosotros no hay posada larga ni familia exhibible  
sois demasiado el talón de vuestro propio paso  
sois demasiado la frente responsable de vuestro propio  
milagro.

Salid a la nieve, a la duda, a los países  
no lloréis tejas, no guardéis llaves  
en la intemperie os esperan volcanes delicados, números  
tristísimos,  
territorios sin monarquía  
¿acaso es esto madeja rota?  
¿acaso no daremos la vida por el próximo recodo?

Pensabais venir con dientes duros a limar el hueco  
entre cada palabra, y no es eso  
pensabais en palomas de canto amaestrado, en flores y musas,  
en caminos blandos como milenios,  
y no, no es eso.  
Erais mulas supersticiosas, eso erais

ni ennoblecidas ni alentadas:  
supersticiosas solamente.

## IV

¿Lo veis? Nos es tan difícil explicar  
lo inexplicable, comer romanamente  
en la mesa del tiempo Tiempo.

Pero decís que para vosotros es pronto  
como si fuerais vendedores de cebollas  
decís que esperáis, que esperáis aún,  
la ocasión propicia.

Lo propicio, lo propicio, lo propicio.

Venid conmigo a mi cabaña, vamos a degollar lo propicio  
vamos a masticar su torre, su bagatela  
vamos a advertirle como profundas madres rezadoras  
que no nos importa ya su minuto meado, su mundo en  
contra,  
que nos da igual si hoy tosemos con tres pulmones rotos

o si nos duelen nuestros ojos de leñadores  
o si el alma, entre tanto bullicio de ciudad y vida y lamparitas  
blancas

no encuentra su chaleco  
que no nos importa nada de esto, que aun así  
escribiremos lo que debe ser escrito, poetas míos,  
que aun así sonaremos, naceremos, seremos hilo y tamaño  
astros plenarios participantes del amor nuevo del mundo,  
manos de hombres.

Venid, vamos a sacrificar lo propicio  
vamos a quemarlo como a un niño gordo, intolerable,  
en el altar del hambre de nuestra necesidad poética,  
de nuestro oficio.

Luego bailaremos, no penséis que todo va a ser contrición  
y sufragios del alma  
luego bailaremos como si acabara de nacer la primera estrella  
como si tuviéramos un cordero, larga hogaza y cien convites  
como si las mujeres estrenaran en verdad  
cinturas nuevas  
como si ríos y espejos por fin se reconocieran como hermanos  
y las madres no tuvieran que educar con números cabales a  
sus hijos  
sino sólo con lana, leche y miel untada.

Bailaremos, ya veréis que bailaremos

porque el día será claro y habrá una música secreta  
en el cubil incondicional de cada vena.

## V

Tomad este presente que os traigo, este regalo:  
se llama *mala conciencia*.

¿O pensabais que los primeros destinos se hicieron alguna vez  
con sólo ternura, con perfectas benevolencias?  
Son nacimientos duros, son conquistas del mundo, son  
egoísmos  
parecidos a grandes lutos  
así son los primeros cuándos de los grandes sinos  
así deben ser  
no se mueve la tierra con educadas razones  
con sonrisas sin relieve  
con acuerdos paternales  
¡venid, venid a ver la edad de la agresión, insurgentes míos!  
¡venid a golpear vuestro rostro en esta piedra de los tres mil  
desprecios!

Ellos no saben cómo de hondo estáis cavando  
para hallar el tesoro de vuestro propio nacimiento  
ellos tienen un idioma y un ombligo heredados  
ellos tienen sillas, rubores aprendidos, cordilleras de sensatez  
vuestra ley les parece capricho

vuestro infinito amor por el futuro, infinito y presente  
egoísmo

ellos nunca han tenido que matar un hombre  
ellos no han enviudado nunca de su primera costilla  
ni han medido sus hombros como si fueran fechas de la  
esperanza

no han sido mártires, no han sido fósforos vivos  
andan encadenados como axilas, vigilan su horario y nada más  
no lo impulsan ni lo preñan ni lo afligen  
no lo urden, no lo empuñan  
para ellos la vida es un bolo alimenticio que mastican, que  
digieren

pero no hay función amorosa en su saliva  
hay sólo hambre, instinto ciego  
y por eso no entienden vuestras maneras, vuestras mejillas de  
oro,  
vuestro cráneo profundo.

Si supieran, ¿verdad, mis amatorios?  
lo altruista que es vuestro más nudo egoísmo  
las humildes razones de vuestro más alto orgullo

entonces sí, entonces os dejarían solos, allí donde estáis  
tejiendo con alfabetos tempranos caminos para el porvenir...

Construiréis un taller modesto, tendrá paredes,  
tablas, una mesa. A ese taller lo llamaréis  
inspiración.

Y aceptaréis la responsabilidad de cada estado suyo  
de sus dimensiones, de su limpieza  
de la soberana concreción y realidad de esa  
estancia vuestra  
donde no habrá altares, supersticiones ni vertebrales musas  
donde todo será *explicable*, ¡asumid ese gesto!  
y nada quedará al margen de vuestra primera y segunda  
voluntad  
¡nada, repetidlo!

comeréis en la misma mesa en la que escribís  
dormiréis en la misma cama en la que leéis  
os respiraréis de dentro afuera  
como dioses temibles y aseados que no divinizan sus manos  
sino que las dedican a trazar su alfarería útil  
en círculos de barro mejores aún, por más sinceros,  
que la creación del mundo.

Seréis delgados hasta ser dos veces hierba  
seréis líquidos hasta el martirio  
seréis perfectos como orejas tibias, amasables,

seréis intuiciones, anillos sobrevivientes, mimbres, ramas de  
nervios  
con panales dentro  
vuestra dulzura tendrá gasas infinitas y pañuelos para hombres  
que lloran como guijarros  
daréis la mano a las constelaciones con vuestro sistólico egoísmo  
vosotros mis magníficos, mis hombres del mañana,  
mis bueyes-poeta.

Os he traído el mejor regalo:  
tomad esta mala conciencia cual si fuera una cuchara plena  
y bebedla como un tatuaje, como un bálsamo destilado  
de sagradas intenciones.

## VI

Que vivís en una época sin hazañas  
que habéis nacido en los tiempos chicos, os dirán  
que ya están resueltas u olvidadas las mayúsculas del hombre  
sus palabras guía, sus horizontes ejemplares  
que ya fueron héroes vuestros ancestros  
que ellos llevaron sus huesos hasta los destinos puros  
y que vosotros, poetas meñiques,  
no habéis heredado la leyenda.  
Os dirán.

Vuestra última razón, escuchadme bien, es vuestra próxima  
belleza  
no hay más, no busquéis más, no justificquéis más  
mis bestias perfumadas, mis abejas profundas  
no venceréis con argumentos  
los argumentos son materia diluida, realidad aguada  
no llegan ni a la cintura del hombre sus fórmulas de exactitud

no suben hasta su primer amor  
saben ser dictados pero no cometas, no arroyos,  
no admiten suspiros, no les crecen musgos sonoros  
entre los dedos de los pies.

No venceréis con argumentos.

Os pido el amor del padre y el del hijo  
el del tirano y el del mendigo  
el del histrión, el del profeta, el del virtuoso en harapos  
el del sabio sin escuela  
traed el amor de los embusteros, el de los locos con paloma  
el de las primeras madres, el de la tierra pura  
el de los santos sin reproche, el de los aduladores perfectos  
el de los necios consecutivos  
el de los dóciles, el de los amargos, el de los vencidos  
el de las putas cariñosas, el de la segunda pelvis comprensiva  
el del reino de los justos  
el amor del ofendido, el del descuajado  
el de los goznes, el de las membranas, el de la centésima es-  
peranza  
el que duda y existe  
el que ayuna y no se peina  
el de los estudiantes con flaqueza ecuestre, el de quien sobrevive  
con sólo dos cerillas  
el de la garganta de madera

el purísimo, el piojísimo, el incauto  
el de las tres mitades de mujer, el de los hilos  
de cualquier camisa  
el de los asnos sentimentales, el de los filamentos contrarios  
el de los enfermos achuchados en su manta azul  
el amor del sollozo quiebro, el amor de la rabia clara  
el de los muslos profundos  
el de los que pasean largamente con un paraguas, bajo la lluvia,  
por su propio jardín  
el de la segunda corazonada, el de la fuerza extraña,  
el del botón aparte  
el de los adulterios más sinceros.

¡Traedlos todos, los amores más redondos, los más cercanos y  
lejanos  
los tan propositivos y pendulares y multiplicados!

No desdeñéis ni una sola de vuestras fuerzas, amad  
como si vuestro amor fuera el único capaz de engendrar  
mediodías  
como si la salida de los astros dependiera  
del capricho y la palanca de vuestro pensamiento.

El argumento sois vosotros, vuestro cielo sois vosotros  
vuestra culpa, vuestro celo, vuestro amparo,  
cada palabra en la que os veáis las manos

es un punto por el que ensanchar la tela del mundo.  
Traed a vuestra obra vuestra imagen verdadera  
sentad a la mesa no más que un invitado  
y veréis que un hombre que se dice a sí mismo  
se convierte ya en el mundo entero.

No precisáis más:  
sois vuestra propia leyenda, convenceos del mar  
que ya os habita.

## VII

Lleváis demasiado tiempo siendo como ríos  
que no osan entrar en las ciudades, que de lejos  
las vigilan y circundan, sin pasar por ellas.

No reverenciéis tanto, poetas,  
penetrad los días, las comprensiones, las aceras incisivas  
inundad con vuestra metálica corriente las superficies arrasables  
Aquí deberían llorar todos vuestros primeros espejos  
aquí deberían detenerse como prístinos rebaños  
como sábanas sonoras,  
lleváis demasiado tiempo en las periferias del hombre  
medís la altura de su muralla, no el pozo de su corazón  
y habláis de torres de significado, de sabidurías inabarcables,  
pero no entráis, no entráis en las ciudades  
no sabéis que allí también hay fondos de ojos razonables,  
mujeres vestidas, cebollas asesinadas, insomnios  
perfectamente perpendiculares,

no sabéis que hay puños de paraguas que no comprenden  
y vidas delgadas como el ozono  
y cantidades de pies, y pezones, y últimas guitarras  
y préstamos quincenales y patrióticos insectos  
no lo sabéis  
seguís lejos de esta mesa, de la anchura real de vuestra herencia  
andáis escondidos por detrás de los meridianos del día  
sin reclamar para vosotros la gloria  
de las primeras naciones.

Venid, venid a conquistar infancias del mundo con hachas  
precursoras  
este siglo que os toca, universales míos, no es voluntario  
este siglo que os toca es adrede  
y habrá que llevarlo hasta la otra orilla.  
Esta es vuestra convocatoria, esta y no otra,  
ajustad de una vez vuestro decir a los tornillos heroicos del alma  
habéis descansado ya bastante fuera de las ciudades del hombre  
habéis descansado ya tanto y bastante.

Hay que caerse desde más de un alma, escuchad,  
no nos queda ya pan para ángeles consentidos  
ni para poetas contritos ni para ovejas en su sal contemplativa  
sois primeros hombres  
debéis ganaros uno por uno los pastos de vuestra propia  
inspiración.

Allá el viejo verso con su astucia y mal olor  
sus tomos heridos, sus antologías de polvo,  
escuchad cómo cruje: como manos que no sienten  
como pensamientos sin caderas  
escuchad cómo gime, como moscas inhumanas.  
Es el verso antiguo, el decir antiguo,  
pasad sobre él como sobre una miel agonizante.

Aún estáis a un vidrio de vosotros mismos  
a un gesto de distancia, a un luto,  
venid a lavar vuestras venas  
iniciad miradas decisivas como surcos  
aquí vuestra redondez clava su esperma  
aquí veréis cómo crecen vuestros dedos  
cómo fundáis besos triangulares, grillos con coyuntura, cejas  
perfectas  
y todo sucederá en este siglo vuestro  
el de vuestra gran pereza y el de vuestro gran despertar.  
Venid, venid a extenderlo sobre la tierra como si fuera la leche  
untada  
de su primer paisaje, su primera rotación, su mecanismo  
de inexplicable aurora.

¿Creéis que hace falta la cólera de cien ejércitos  
para conquistar una muralla, una playa, una gran plaza?

Venid a ver cómo un solo mendigo —o un poeta como vosotros—  
sentado dignamente a sus puertas  
ya inaugura una ciudad.

## VIII

Habéis aprendido a educar hijos, a comer con moderación,  
a tener zapatos  
sabéis ser nobles y abrazados  
cumplís años, encargáis retratos  
estáis dentro de los noviembreros colectivos  
dormís y andáis partiendo nueces, almorzáis  
y acontece el día  
en una uña podríais ser divinos, en una racha de fiebre  
pero anochece y de nuevo le sube la carne a los relojes  
asumís instancias, viajáis al reglamento  
recuperáis mamíferos cariños.

Es vuestra esta baldosa, la conocéis a besos  
es vuestra la hora que os aflige y el ciempiés del sueño  
habéis llegado a un presente de yeguas inhabitables  
vais descalzos, coagulados, casi pituitarios  
estáis gordos como camisas

[illegible]

Tenéis demasiados medios, poetas  
tocáis demasiado

tapaos un ojo y veréis mejor, ataos una mano a la espalda  
y seréis más diestros  
venid a hurgar vuestro hígado de oro, vuestras lágrimas maestras  
dejad de ser ya buenos vecinos  
no sois anfitriones, mis bestias mías, sois campanas rabiadas  
sois primeras normas, sois grandes puertas  
cónsules lejanos  
nada hacéis contando lentejas, renovando abrigos  
practicad de una vez lo mejor de vuestro costado  
vended vuestras ruidosas zapaterías, primogénitos del mundo  
parecéis todavía hombres de hule, sobrinitas blandas,  
salid de los semáforos, de los áticos sin manifiesto  
sed poetas de cuerpo entero  
de vida entera.  
Veréis que las palabras que buscabais  
os siguen luego como muchachas enamoradas.

Os hablo como a vientres abiertos, como a surcos de  
pronunciables rostros.

Amáis como poetas, ¿podéis amar como madres?  
Por educación tenéis espejos, por educación envejecéis y  
creéis  
en cosas impensables  
como las fuentes públicas o las rodillas de mujer.  
No seáis tan pertinentes, tan amarillos deshijos

se trata de ampliar el presupuesto de las miradas humanas  
se trata de propiedades claras, de gestos como fraguas  
¡venid a parir ojos como si fueran ventanas!  
¡edificad los labios, propagad sílabas como si fueran peces!

Están bostezando los días en el salón de la costumbre  
vienen de largas servidumbres, de hepatitis milenarias  
están amarillos hasta lo más tajante de su diplomacia  
están enfermos puros, no creen en el orégano  
no se sustancian, no se motoran  
quién los sacara de sus ganglios tristes  
quién se los subiese a los hombros como si fueran nidos  
y los alimentara con primeras percepciones  
con maderas sin apellido.

Traed las cerillas con las que Dios prendió los astros  
iluminad la tierra recién bañada  
¡que duren por fin las infancias más que las catedrales!

Venid, poetas, a los talleres de la nueva alegría.

## IX

La enfermedad no es vuestra maestra.  
El dolor no es una hermosa coartada.  
La pena no es vuestro insecto guía.

¡Salvas de salud, amigos uterinos, es lo que debéis traer al mundo!

Llevan los dioses de la poesía llorando demasiado tiempo  
y vosotros, peces sin sueño,  
habéis bebido de más del centro de esa lágrima.

Tenéis venas espléndidas, miradlas  
aprended a extenderlas hasta su medida, hasta su peso exactos  
mimbres que crecen, estambres que militan  
que avanzan su hilera hasta las magnitudes elementales  
hasta los oros cantores,  
estas venas vuestras, tan existentes, tan explicativas

¿quién no las oye sucediendo, entre los materiales del día,  
construyendo su sano minuterio?  
¿quién no se las bebería plateada, frugalmente?

Luego seguid, permaneced, demostrad mis errores.

Aquí hay trincheras para un martes, venid a ser lúdicos  
bajaos ya de vuestra gran seriedad, esa mula salvaje  
ahora sois hombres sanos  
y después de vuestro rigor, de vuestra medida, de vuestro  
juicio precursor  
les debéis a los hombres una gran carcajada  
ella será vuestra insignia, esa gran risa  
la señal de que avanzáis por la vía de la fuerza y no  
por la de los órganos convalecientes  
ella será vuestra definitiva medalla, vuestro lugar patente  
vuestro minuto de presencia en ese exceso, en ese ámbito  
sobrante  
de las energías donadas,  
jadeantes, felices.

Habéis sido ángeles postrados, ahora necesitamos bueyes  
es la hora de la fuerza, de la sagrada erección,  
de los cuartos ventilados.  
No nos acompañe quien aún venga con su tos de madre  
o con sus fiebres minuciosas

¿verdad, bueyes-poeta, que no vamos a ser proporcionales  
ni piadosos con ellos?

¿verdad que les dejaremos atrás trimestralmente?

Cargamos tambores de duro amor, dura es nuestra balanza  
aquí no hay cantidades breves ni pechos razonables  
pasó ya nuestro tiempo hospitalario  
no somos una nueva conciencia, somos una reja de arado  
y necesitamos bueyes, más tierra y más bueyes  
más hambre y más salud y más espigas subidas a fechas  
perfectamente sonrientes.

Tuvisteis llagas, vivisteis en ellas  
pero ahora la carne, vuestra carne, cantará sus maneras  
pudientes

¡que la encadenen hoy, que prueben a inundarnos  
con migrañas sucesivas, a ponernos otra vez  
el humor tuberculoso y el rostro griscontemplativo!  
¡Que se atrevan a encarar esta nueva salud nuestra  
esta vara con la que estamos aprendiendo a amaestrar  
como si fueran bestias extendidas  
a las vírgenes pastoras del humano desencanto!

Todos nuestros tendones serán útiles, toda la edad de cada  
ombbligo  
simpatizad con vuestro oído adolescente

tentad las palmas de las manos como si fueran asas  
de primer cariño  
están naciendo bellezas discípulas de vuestras pasiones  
    tiroides  
hay fábulas bíblicas alojadas en lo mejor de vuestro lóbulo.

Despertó, como un polen docente, vuestro cuerpo  
el que os exigió tantas servidumbres  
el que os hizo tantas preguntas  
el que os prescribió la ley del bálsamo  
hoy es molino partido en besos, fuerza pulsora, savia de ojos  
descendida e impaciente.

Salid de vuestra primera sumisión, escapad de aquella tiranía  
que siempre fue para vosotros  
esta cantidad de arterias, de dolores, de articulaciones y de  
    nervios  
que es vuestro cuerpo  
ponedle su córnea de buena salud, paseadlo al sol y veréis  
que no está tan cansado como dice.  
Si comprendéis su materia exacta, si lo rodeáis  
con invitaciones y cifras afirmativas  
veréis que fuera ya de su total mitología  
aún os lleva, como una criatura de fiel asombro,  
a ver las orillas más ilimitadas de la tierra.

## X

Otros usaron las palabras como si fueran su bastón  
las movían con hechicerías de aire  
señalaban con ellas hacia lugares  
de inhóspita transparencia  
¡qué poco peso traían, qué medir hueco!  
Apoyaban en ellas su decir como si su decir fuera el camino  
en vez de la piedra que estorba del camino.

Pobres míos, padres nuestros, *querían decir diciendo*  
querían finalmente ser entendidos, ¡entendidos!  
que los adverbios se pusieran en fila para obedecerles hasta la  
extremidad  
creían en lenguajes precisos, en construcciones sintácticas del  
alma  
venían con su catástrofe y sus treinta misas  
con su obligaciones de ingenio y sus locuciones tibias,

veían al hombre como una condición dialéctica, explicable  
palabra por palabra  
como si pudiera fragmentarse una camisa o, por más decir,  
una existencia  
y presentarla luego en hilos aparte, en cuencos aparte:  
el paraíso del hombre, sus corduras,  
la fatiga de todos sus comienzos  
sus siete habitaciones de prudencia  
como si pudiese fragmentarse esa tela y ofrecerla luego  
recompuesta  
hecha sensatez, hecha bigote o frase justa.

¡Querían dar al hombre sin membranas, sin tejidos vivos!  
Un hueso y luego otro, aquí un prejuicio, aquí una vértebra  
presuntiva,  
no había virtudes hondas en su lenguaje de arreboles  
no había movimiento hacia las venas inexplicables del ser  
sólo conocían, como herramienta, los fórceps del idioma  
diario  
y golpeaban con ellos hasta que encajara el esqueleto  
hasta ponerlo en pie  
pero luego de venirse tan penúltimos, tan exigentes  
resulta que el figurón se erguía pero no andaba  
que le faltaban los pulsos incipientes y las correlaciones  
nerviosas  
los medios conjuntivos, las vainas tendinosas;

habían construido un explícito, un catálogo de hombre,  
pero no un hombre.

Compañeros de aspereza, poetas de la celebración nueva  
¿aspiraremos nosotros a juntar tanta saliva descascarada  
a querer expresar realidades vivas con dominios tan gastados  
como son las palabras?  
¿Acaso no haremos mejor rompiéndolas,  
midiendo su ramaje, su esquina predilecta  
y volviéndolas a unir luego  
no por unidades de sentido sino por afinidades magnéticas?  
¿Acaso no construiremos nosotros también nuestras lunas de  
palo  
y nuestras manadas de nieve  
y nuestras gramáticas de amor preverbales, prehumanas?  
¿Acaso no aullaremos hasta los labios secos, hasta el pedernal  
puro  
y bajaremos por nuestro espinazo desde el verbo lúcido,  
pulido, ciudadano  
hasta los límites de nuestra bosquimanía?

Ved que estamos acudiendo a la infancia de las sílabas del  
hombre, a sus primeras dicciones  
ved que allí nos amamantaremos como nacientes esdrújulos  
y retiraremos la manta de los dioses  
y seremos axilas bebedoras de luciérnagas.

Traiga cada cual su cuenco, mis aristócratas míos, mis  
    andrajosos  
recojamos la uva manantial del canto, los materiales primeros,  
vengamos al chasquido, al bramido, a la amorosa interjección  
regresemos a esos bosques quemados  
del ultratimbre, del tambor llamador  
desgañitad, ladrad, silbad de tierra a tierra, de cerro a cerro,  
de vida a vida  
mis reyes fónicos, mis bestias crujidas.

Hay una grieta inmensa entre lo que uno dice  
y aquello que uno  
    puede llegar a expresar  
¡salvémosla!, traigamos el barro de las primeras construcciones  
la saliva de los nombres de la leche  
las respiraciones que no caben entre dos predicados  
lo que no se dice de lo que se dice  
lo que no se escucha de lo que tanto se sabe  
venid a romper la inmensa bolsa amniótica  
de este lenguaje inmediato, de este pan del hombre  
que ya nos sube a la garganta como un carbón  
que ahí tenemos venidero, atragantado y padre,  
prendido.

## XI

Almorzaréis dudas.

Ahí vienen las mujeres con sus caderas silbadas  
con sus cavidades de abrigo  
conoced sus islas, su polvo mundo,  
las columnas de sus labios,  
vienen adormidas, mis holicantes, mis líricos congénitos,  
por cuevas amarillas que son como terceras cosas.  
Ellas os harán salir de vuestra primera soledad  
os ofrecerán tendidos sus ombligos, horizontal  
la piedra de su descendencia,  
¿sabréis vosotros ser humildes, arrodillaros  
y llorar y rezar ante el Gran Coño de la Gran Madre  
y beber su sustancia  
sin que la geografía de sus cien mil bellezas reclame  
además de vuestro unto de amor y vuestra presencia  
y vuestros párpados buscadores del minuto intranscurrible

además de todo eso, digo,  
vuestro ámbito poético, vuestra misión narradora?

Mis voluptuosos, mis impacientes venéreos:  
aquí la mujer, sus vasos de leche oceánica  
¿cómo no colmarse, verdad? ¿cómo no soñar  
con Marías y telares?  
¿cómo no rendir la proa del sentir  
a las caricias nunciadoras?

Yo digo que néctar, y que gemidos blancos  
yo digo que líquida y abíblica cópula, y salmos sodomizantes  
y pubescente impudor,  
pero cuidado, casta de poetas  
no se os quede un pie, o los dos, allí esclavizado  
allí encamado y rumiante  
entre esas lanas dulces  
entre esos nombres como de hermosa cocinera  
o de besada transparente  
¡cuidado con las deliciosas fiebres!  
no sea que vuestra identidad y vuestra raza de primeros  
hombres  
queden allí también,  
aturdidas, sin filamentos  
y se les apaguen los criterios y se consuman a paso de gusano  
vuestras fechas

mojadas como milicias nocturnas que no alcanzan  
con sus maderas humanas  
la luz heroica del mar de las siguientes cosas.

Ellas os amarán hasta el jarabe de las lágrimas  
ellas guardan moscas de fidelidad  
en limpias botellas de cristal  
las han amaestrado  
les han susurrado un mismo salmo de felicidades claras  
durante milenios,  
han puesto las leyes del cariño por encima  
de las leyes de la vocación.  
Pobres insectos, pobres moscas, pobres vosotros  
mis estremecidos  
acudisteis a la mujer a por frutos del bosque  
y hoy os tiene presos en su cristal de amparos  
la Gran Paridora, la Madre de Generaciones  
y os pide que vendáis vuestros trineos de sueños  
que os afeitéis las alas, que mantengáis limpias vuestras orejas,  
ya no sois niños, os dice, sed padres y amantes  
acudid a la cordura, a las buenas maneras  
dejad ya de rodar por la tierra como lobos preñadores  
haceos constatables, dignos, confiables...  
y según habla os muestra su gran cintura, una vez más,  
la Gran Paridora  
y vosotros dudáis, almorzáis dudas

no sabéis si ser el hombre más acompañado de los hombres  
o el animal más solo del cielo y de la tierra.

Cuánto habréis de resguardaros, mis poetas lujuriosos  
de la mejor mujer y de otros tantos  
nudos borromeos  
cuánto habréis de sostener, oh voluntad,  
la solidez de vuestros nombres contra los volúmenes de besos  
contra las dulces y familiares renunciaciones que os ofrecen  
contra esa fiesta provinciana, en fin, que es la mujer  
con sus tamtanes de alegría, sus toritos de fuego y danza  
y su olor a vida presente, carnal y continuada.

Yo doblo por vosotros un pañuelo  
yo voy pesando el oro regulador de vuestro canto  
su cuajo y su péndulo, su deber de aliento y altura  
y quizás cuando acabe de hacerlo  
cuando hayáis atravesado este río tentativo de la mujer  
como norma divisoria  
ya no quede ni uno solo de vosotros  
unido por todos los hilos de su humanidad  
a esta vocación de hombría que hoy os toca.

Vinculaos a la mujer, poetas, no a su vínculo.

No podéis llegar dormidos a la generación de la esperanza.

## XII

Dios está en su silla. Es el primer incauto.

Salid al mundo sin herencia, hermosos de orfandad  
no reclaméis misiones que no os conciernen  
no carguéis vuestros hombros de buey con leproserías celestes  
con últimas razones  
ni con vidas de profetas.  
Bajad de tanto orgullo  
hoy despertaréis como se inventa una nueva forma  
de beber agua de un botijo  
esa será vuestra voz, con esa saliva sola amaestraréis el barro  
sin hechicerías galileas, ni misterios pastorales  
ni cuarenta años de peregrinación.

A vosotros, poetas, no se os ha de pedir que convirtáis en lino  
el lienzo  
quitaos esas sandalias

no sois partidarios, no sois buscadores de la última  
certidumbre,  
hosannas reparta el cielo, y escuelas de panes divinos,  
e infalibilidades piadosas  
vosotros tenéis vuestro botijo  
aprended a beber de él humanamente  
convenços de que el barro, por viejo que sea, siempre es niño  
acunadlo y vendrán las nanas más posibles de la tierra  
los ecos más claros, el día más sincero.

Tocad vuestro cuerpo  
es hora de sacarlo ya de su corral de oro  
es hora de amasar hombres con harinas mejor bordadas  
con materias sin siglo, con desparpajo pastelero:  
allí un corazón de almendra, aquí una guinda hospitalaria  
venid, poetas, con tiempo y especia  
a inventar la respiración del azúcar.

Bajad de la estrella amarga, los dioses ya fueron caritativos  
con vosotros, ya os ayudaron y empujaron vuestro carro  
durante tanto tiempo.

Aquel era vuestro deber, vuestro cansancio  
y dejasteis que ellos lo iniciaran, bueyes míos,  
con sus proverbios, con sus venganzas  
pero hoy las cebollas ríen, hoy las penínsulas bostezan  
hoy la estatura entera del hombre clama por un cielo

que se parezca más a la tierra  
;no por una tierra que se parezca más al cielo!

Tenemos pan suficiente, meses suficientes  
adolescencias poderosas, sillas nuevas  
tenemos placenta de sobra para no necesitar altares  
no hablemos, pues, por voz de nadie  
empujemos nuestros ejes tiernos con nuestras tiernas manos  
¿o no nos hemos llamado poetas-madre?  
¿o no traemos leches magníficas y pronunciadas  
verdades uterinas y el más tibio  
de los calostros?

Bebed vuestra propia orina, si hace falta  
antes de regresar a la miel santificada  
ella no os quitará la sed, ella la aturdirá  
con densidades y falsos embriagos, con humos de incienso;  
basta de somnolencias, no os aturdáis más  
abejitas mías, reinonas mías  
fabricad vuestros propios espejos, echad la pechada  
sudad vuestra propia miel, vuestro trámite perpetuo  
de trabajadoras que a nada deben obediencia  
pues la propia leyenda de los dioses dice que escapasteis  
del Primer Paraíso, mis voladoras,  
mucho antes de las culpas mitológicas del hombre  
que no os alcanzaron iras ni diluvios

que sois seres más antiguos  
que las primeras leyes de la tierra.

Abejas madre de lo primogénito infinito, poetas  
    circunstanciados,  
tomad vuestra herencia:  
heredáis lo próximo, lo terrestre, sus levaduras y regiones  
sus panales infalibles  
el nombre de todos los vientos marinos  
la relojería hemisférica de las estrellas  
los ejércitos de insectos  
los electrones  
la sencillez giratoria de la nieve.

Mirad en torno.

Los dioses, cuando los rechazasteis, no robaron vuestro  
    firmamento.

Ellos sólo tenían el mapa de sus propias manos.

### XIII

Aquí la ingenuidad y su diálogo permanente  
con los primeros frutos, aquí su vaina abierta.

Con cada generación humana nacen otra vez las aves del  
mundo, mis poetas,  
y nosotros hemos de acompañar con fábulas espléndidas  
la saeta de estos calendarios circulares:  
seremos niños que lo saben todo  
seremos hombres que lo dudan todo  
seremos viejos monumentales que todo lo vuelven a soñar.

Para que no disminuya de un siglo a otro la estatura del  
asombro  
ni su velocidad de paquebote  
para que no se pierda un solo charco debajo de ningún  
columpio imaginario  
y existan amarillos pajareros nuevos, y el mar siga tomando

la emoción descubridora de los pies de cada niño  
para repartirla luego  
por las playas sin hijos de los continentes.

Tejed, amigos, tejamos nuestras barbas, nuestras redes  
con modestísima hebra ingenua  
no sea que lleguemos a la edad de la sabiduría demasiado pronto  
no sea que trapos de desencanto y vértebras sin madre;  
la ingenuidad es nuestra esposa hilante, nuestra Penélope  
compañera  
que cose y descose cada tarde un mundo nuevo  
que reúne los rebaños y los suelta  
—los de las primeras causas y certidumbres—  
para que siempre nos parezca, oh poetas,  
que hemos venido a la tierra a ser pastores niños.

Así siempre estaremos regresando  
mis prorrumpientes, mis inaplazables  
así siempre habrá una hoguera señalando la dirección de  
nuestra estrella,  
de nuestra casa de palos, aunque no lleguemos, aunque nos  
falten labios y labios para tanto cielo.

Y sabed que sí, que hay una tristeza legislativa  
a la que quienes tanto amamos estamos perpendicularmente  
destinados,

que a veces todo va tomando hilos contrarios  
y hay picaportes sin comienzo y espaldas con todos  
los cristales rotos, que a veces  
la caja del pecho se curva en plural diminutivo  
se avaricia o se cansa y techo a techo  
no le cabe una campana, un proyecto de aguas y pájaros  
o un lunes con hombros corrientes.  
¡Cuesta tanto a veces subir del hombre a su zapato!  
sacarle de su lágrima izquierda, ponerlo a andar por fuera  
de la aspereza incremental de su esqueleto  
y decirle latitudes por las que ensanchar, una tarde, un  
    principado  
o el revés de un espejo.  
Cuesta tanto a veces.

Pero luego del desencanto hay una madre, madre ingenuidad,  
que lava sus labios cada día, magdalena milenaria,  
en un cuenco parecido al agua del olvido  
y así te besa y te pone en su cintura  
y tú la amas hasta el último frescor  
y tocas su saliva como si fuera un alfabeto  
como si fuera una primera norma, un decir sí,  
bendito pezón recién iluminado, fósforo breve  
undécimo y milagroso  
al que acudimos los pobres de los tejados del mundo  
con nuestras barcas pescadoras

para alimentarnos de ternuras una y otra vez nacientes  
de giroscopios, volapiés, trinos y dobles trinos,  
misterios voltarios, balsámicos relojes,  
consuelos medulares, en fin, paralelos a la doctrina del abrazo,  
al gajo de la esperanza.

En la hora de la desmaravilla, hombres sin testamento,  
vengamos a este penúltimo racimo  
tiremos puertas tranquilas y días domingos  
respetemos de la tierra  
sus recurrentes ciclos de barro y de promesa  
y empinemos nuestras risas, como trompetas siempre nuevas,  
hacia el punto cardinal de la inocencia, de su pretensión  
optimista,  
de su bandera ingenua.

Ella nos dará su buena limosna, veréis.  
Ella, madre ingenuidad, será nuestra primera y última  
sabiduría,  
poetas mutuos.

## XIV

Vuestras grietas son vuestros ojos, vuestras fallas de carácter  
son vuestros ojos; vuestros vicios, vuestras crisis de constancia  
son vuestros ojos,  
por ellos veréis más y mejor que por cualquier cerradura  
pues la vanidad no se atreve a llevar allí  
sus espejos  
y hasta las más prontas alegrías  
y hasta vuestros más desatados orgullos  
deben hacerse allí conscientes de los límites  
de su honestidad.

Mirad el mundo a través de la virtud que os falta  
y conoceréis el dolor majestuoso  
de las primeras verdades, su nudo sólido.

Si luego os restan fuerzas, si aún os sentís cautelares,  
biográficos, cruciales,

coged esa harina maestra y levantad con ella  
vuestra nueva conducta:  
no seréis el retrato de dioses puros, no seréis perfectos  
sino algo mucho mejor:  
abrazaréis al hombre con manzanas.

Palpad vuestra cintura, reconoced su medida sin tesoro  
veos humanos, geográficos, hostiles  
id a conocer los caminos amargos, los cajones sin estrellas  
de vuestra naturaleza profunda  
comed genes, escupid lo más propio, lo más sentido  
de vuestro filamento.

No os avergoncéis. No os escondáis detrás del diente de un  
orgullo.

Aquí todos somos el mismo burro de noria  
aquí todos tenemos orejitas de mártires  
y otros tantos y más defectos consentidos  
aquí todos somos todos  
y nos entenderemos compasivamente, veréis, sin primeros  
mandamientos,  
haremos una digestión lenta de nuestros musgos peores  
de nuestras cojeras sencillas como hortalizas  
de nuestras medianías, nuestras carencias, nuestros borrones.

Venid a vuestros sentidos, pues, pertenecedlos  
bebed vuestra fealdad como un agua de bautismo  
aprendeos vuestro rostro sin engaños  
sin vanidades de a pelo, sin ternezas justas  
enamoraos como bestias sinceras del ruido de vuestro vientre  
de vuestros aceites menores, del tendón en que vibran  
vuestras más cortas potencias, vuestro ayuno de carácter,  
vuestra brizna humana.

En este punto sois ciertos, buscaos ahí,  
en los lugares del alma cuyo paisaje os parecía  
absolutamente indeclarable.  
Buscaos ahí.

Sois inconclusos, sois vanidosos, sois migaja y trunco  
pero qué hermosas vuestras grietas  
vuestras maneras de traer roto a miles el cántaro del alma;  
creéis que os darán sed esas fisuras  
que por ellas se os desangrarán vuestros mejores peces  
¡pero qué fértiles arterias, qué barandas asomadas  
a lo más cierto de vuestra especie!

¿Sois impacientes, sois egoístas, os muele la pereza?  
Atravesad lo propio de vuestros ojos con esas linternas  
vergonzosas  
hay capillas por dentro de los días de vuestro esqueleto

de las que aún no sabéis nada  
razones antiguas como la nieve, resignaciones íntimas,  
hígados solos,  
¡alumbradlos, iluminad con vuestras carencias  
—como si estas fueran la cola de un cometa terrible y  
bienhechor—  
las cenizas, los sustratos descendidos  
de vuestro planeta sin espejos!

## XV

No cabe mayor acontecimiento que el nacimiento de un poeta.

Levanten otros torres, barran desiertos, consigan la perfecta  
circularidad

de los océanos del mundo,  
alineen batallas, siembren imperios  
cambien por campanas de bronce sus dioses de madera  
decidan cielos y fechas, firmen paces, caven cauces y reyes  
y no, verán que no tiene el mundo instante  
de mayor seriedad  
que el del nacimiento de un poeta.

Os dijeron que no importabais  
que erais pálpitos de la tierra, no sus tambores, no sus talones  
que erais corderos lúcidos, ángeles  
con brazos de paja, que no traíais actos voluntarios  
ni verdaderas palancas  
que decíais cosas hermosas que no entendíais.

¿Entiende acaso el sol su misión diurna? Y por no entenderla,  
¿deja acaso de cumplirla?

Venid aquí, mis párpados celestes, sentaos de nuevo  
en la mesa de los dignos  
mucho tiempo lleváis en el canto de la hormiga  
mucho tiempo sin agotar  
la extensión de vuestro negocio, de vuestro primer deber  
sin ser pastores guiadores del rebaño, sino hombres,  
hombres de circunstancia solamente  
¿dónde vuestra fuerza, vuestra queja, vuestra desolación?

Lleváis tantos siglos enamorados de los pequeños ríos  
resguardados en las pequeñas sombras...

Os veo en vuestra humildad y no os amo  
antes de tanta modestia, antes que tanto recato sustantivo  
querría  
vuestra esperma en mi boca, vuestro corazón  
sacado de su vitrina  
gritando desde los trapos más negros de su alma  
quisiera veros, mejor que como ángeles acurrucados en su cuna,  
cayendo, lucíferos míos,  
desde los desdes más altos y clamorosos  
de nuestra luna abecedaria.

Hace mucho que no sois dioses venideros  
que no fundáis con vuestra palabra auténticas razas  
continentales  
¿cómo decirlo? ¿cómo explicároslo?  
vuestra sangre, lo sepáis o no, poetas flacos,  
lleva siglos custodiada, velada  
está esperando a que la pongáis al sol, a que la acerquéis  
a la matriz heroica del día  
para que hierva allí como una vieja herradura  
para que arda como una milagrosa bandera  
no sois barcas desprendidas, no sois islas hechizadas  
si partisteis una vez, poetas, recordadlo, fue solamente  
para tener que regresar.

Aquí vuestras azadas del otoño  
aquí vuestras escobas de palo y vuestro pan para hoy  
¿dónde el mediodía completo  
y el cilindro del verano rodando otra vez  
por lo ejemplar del cielo?  
¿dónde vuestra primera razón defendida  
y la tensión suficiente y vuestra justicia pronunciada?

Hermanos cachorros, no os duelan de más  
estas preguntas, si verdaderamente me entendéis veréis que no  
son  
sino saludos breves

¡saludos a lo más próximo y a lo más lejano que hay en  
vosotros!

¡espoleos de nariz a nariz!

¡agüita para fregar lo mejor del alma de cada casa!

Os habéis conformado con semanas de siete lunes  
habéis escondido vuestros ruidos, vuestro zumba-zumba,  
vuestro vuelo nupcial.

¿Queríais pasar inadvertidos, engendrar poemas y nada más  
escribir con alfabetos de prudencia, tener hijos y cucharas  
dejar media obrita

aspirar a una felicidad de sopas modestas

y así

así

decir que fuisteis hombres *y también poetas?*

¡Ay, razas que no existen!

Uno no es hombre *y además poeta*, uno es poeta de diafragma  
entero

de consecuencia entera

uno no divide respiraciones, no las separa en divinas  
y mortales

uno no despierta y se pone la espina dorsal

uno la lleva puesta, ¿o no, madrugadores?

No servís a la poesía, *sois* la poesía.

¿Os parece suficiente con que pongan vuestros nombres  
a ciertas glorietas públicas?

Miraos bien, reconoceros bien:

yo quiero que se lo pongan al odio de una amada.

¿Veis el trago tan hondo que os ofrezco?

¿veis que de verdad no existe acontecimiento mayor  
que el nacimiento de un poeta?

No fundéis más domingos sin leyenda, mis amigos,  
desde hoy todo serán días y panes creados para el asombro.

## XVI

Hay que estar muy enfermo, sentirse muy débil  
para ver el mundo tal y como es.

Solamente

tal

y

como

es.

Yo espero de vosotros más salud y mejores pestañas.

Yo espero mayor empuje y más fértiles peregrinajes  
fuera de la receta colectiva  
oleajes de más súbito amor, anchas camisas  
espero comarcas con juventudes auténticamente manuales,  
accionantes  
declaraciones de primer cielo, comilonas rubias

espero una fiesta de milicias y pucheros  
un canto desde fuera de los huesos del convaleciente  
un mazo, una corpulencia, un sí mamífero  
y sónico  
una gramática más alegre que una suelta de palomas.

Traéis la voz pastosa, poetas  
se os ha puesto la saliva amarilla  
de tanta realidad y de tanto gozne triste  
de tanta migaja del cero como venís cantando,  
no salís de ese cuarto de las escobas  
de esa belleza como de convocatoria  
¿dónde vuestra norma aventurera, taladrante?  
¿dónde los países que nacen de los ojos  
y las novias que crecen de las flores?

Venid a ver la enfermedad de vuestro oficio, mis defraudados  
venid a tocar este desánimo  
esta muerte azul de las doce mil panderetas del alma.  
Tenéis desmayos, aflicciones, encapotamientos de carácter  
traéis padeceres, hiperestesias, desamparos que parecen  
pliegos de condiciones,  
os sumáis botón a botón al coro de los débiles  
no conseguís elevar vuestras sagradas pulsaciones por encima  
de las culpas y las tierras menores:  
aquí una glándula rota, aquí un amor de pedrea

y no salís de ese rastrojo  
os habéis conformado con tener, por horizonte mayor,  
el montoncito de tierra de vuestra cintura  
no galopáis por encima de la salud y los rebaños  
no perseguís los sueños premonitorios con tenazas de loco  
no propiciáis los hemisferios, no cabalgáis a miedo corrido  
desde vuestra duda hasta vuestra creación, y luego, de vuelta,  
desde vuestra creación hasta vuestra duda  
como quien afila un cuchillo con otro, sí,  
como quien tiene un caballo salvaje y cada tarde  
después de azotado  
lo peina con peines de oro y le ofrece panela y caña dulce.

No seáis jardines dormidos en la finca del minuto  
sois paraísos abiertos, sois reyes desnudos  
dejad que cada verso agote vuestra total sinceridad  
que viaje, que sea camello útil  
hacia las enredaderas del amor naciente, hacia los meses  
sembrados  
de nuevos rectángulos, de montañas violetas,  
de colores de manzana.

El siglo traerá maíces tristes, sí, y vientos con punta  
que pasan por calles que no existen  
habrá nuncas y metralas, sumas de consecuencias,  
vinagres que no tenían la razón

sí, el siglo traerá oraciones de pesimismo tentador  
para las gentes sin fe.

Pero vosotros, ay, ya no tenéis oídos, ¡ya no debéis tenerlos!  
vosotros sois frentes puras, venados constantes que no se  
alimentan

de esas malas hierbas.

Separaos de esos museos admirables llenos de hijos  
no nacidos, de esas torres melancólicas cuyos muslos  
no parirán la mañana del siguiente día  
ni enternecerán la leyenda de vuestro rostro  
sino que sólo lanzarán adverbios de añoranza, duraciones cojas  
de antiguos deseos, de abandonadas plazas.

Vosotros sabéis que no, que no es eso  
que debéis reunir mas abrazos, más vértigos, más salud  
bordada

al pañuelo de los días:

que es un inmenso afán vuestra ternura  
que no existe generosidad mayor que la del porvenir.

Soltad ya las lenguas del cepo de la nostalgia  
habéis sido hasta ahora como moscas alucinadas  
que postradas ante un espejo se piensan que están mirando  
a través de una ventana,  
llorad esas alas de una vez, dejadlas caer y ser cansadas  
ahora no sois tibios insectos sino profundas aldeas

donde amanecerá pronto, preparad las esteras.  
¡Preparad las camas, regulad la vida!  
Traed la vasija que os dije, el pan que os dije,  
la cena cotidiana: vamos a preñar con nombres  
la terquedad del día.

## XVII

Tenéis una edad que no importa, mis buenos poetas:  
sois jóvenes o viejos, sois numerosos, pendulares, perspectivos  
quizás mañana cumpláis menos años que los que hoy traéis  
en vuestra tos, en vuestro hipo madrugador  
quién sabe, quizás al día siguiente vengáis plenos o marchitos  
muertos o seguros  
entreniños o sotoamargos  
constructivamente numerales, recios enfilados.

La edad, vuestra edad, no sólo es un guarismo ciego  
sino que siquiera importa como ruina  
o como clamor verdadero del cuerpo,  
salid pues de ese calendario pronunciable, de esa anatomía de  
    simplísima cera  
no la escuchéis ya, no le preguntéis a vuestra edad  
ni lo que podéis ni lo que no podéis hacer  
ella sólo sabe de fechas, no de voluntades

ella sólo entiende de asunciones y prejuicios ociosos  
como relojes  
no de los cuarenta árboles del amor que empieza  
ni de los cumpleaños alternativos, ni de los siglos que sueñan  
hasta sus segundas venas.

La edad del poeta sólo es una, dice mi ovillo:  
aquella en que su oficio y su palabra, su buche ejemplar,  
se confundió fielmente  
con el abdomen de una abeja madre,  
ahí quedará apresado su tiempo maestro, su dulce cenital,  
en esa edad de su yo más realizado, de su agujón más cierto,  
de su miel confiada.

¡Venid a ver el espectáculo de los hombres sin edad  
los que siempre están pintando la luz del mediodía!  
Venid a ver sus cuerpos  
esbeltos como primeros ríos, ahondados y discretos  
como el gozo de los dioses  
venid a esta medida, a este gran cuenco  
merendad lo tibio, lo aplicable, adelgazad vosotros también  
hasta el principio de los ojos, hasta la nieve sin saetas  
sed la cadera eterna, el siempre cardíaco  
bebed con labios untados de afinidad  
el cuajo mejor de esta leche de yegua.

No hay vida y muerte, escuchadme, no las hay:  
hay deseo o falta de deseo  
hay coros de vivos o pólenes rotos  
no hay juventud, no hay vejez  
hay sólo paciencias mejor o peor cumplidas  
y atrevimientos del alma, y sencillas negociaciones  
con lo dimensional del esqueleto, con su masa trágica:  
hay sólo carne que es carne y carne que es lección de alpiste...

Estáis aquí los de las sandalias caminantes, los de los años sin  
ferralla  
los de la ropa blanca,  
estáis aquí sin hora, sin edad, sin ayer y sin mañana  
limpios de tiempo, fuera de la realidad durada  
de su diapasón trasnochado, de su bancarrota infantil  
estáis aquí los claros de rumbo, los del orgullo y las costillas  
por fuera de los crepúsculos, de los calendarios.  
Traed vuestras palabras niñas, dejad que salten en la comba  
del idioma,  
mis eternos, mis diablos de la perduración  
alimentadlas con amor y ciruelas, comprensión, esparadrapos  
del séptimo día, no permitáis que envejezcan, que se cansen  
o que se marchiten  
embrujadlas, envolvedlas con hojas de trébol  
con estrellitas siempre verdes, con lo que sea,  
pero que no pierdan su paso y su ritmo

su juventud de hacha sonora  
sus zapatos de serrín.

Con una cucharilla de café se puede empezar a esculpir  
un yo doliente, no hace falta mucho  
para los mares tantos  
no hacen falta grandes pensamientos ni andamios que suban  
hasta los pies del corazón  
con poco ya se desmorona uno  
se convierte en fecha, en desastre del 98  
de su propia historia  
y se le caen de los bolsillos sus pianos elegidos  
y de las manos las firmes voluntades  
y de su frente la altura de la luna.

No, no contéis años, mis niños colorados  
no haya en nuestro almuerzo prisas de madurez ni canas  
incrédulas  
¿o es que no lo veis? ¿es que no os dais cuenta  
de lo cansados que andan ya los calendarios?

Desentornad los ojos, caminad sin luto, tended  
los puentes necesarios para vuestra misión sin horas  
sin actos endurecidos  
venid a comprender menos para amar más.

Seréis dioses cuya infancia, entre los días sin ofrenda,  
se hizo humana una mañana.

## XVIII

Os piden entretenimiento, ligereza, poetas  
os piden que no seáis primeros constructores, abuelos  
del sí absoluto  
que no suenen a metal riguroso las herramientas de vuestras  
manos  
eso os piden, eso os exigen los del pedaleo alegre  
los del pedaleo triste, vuestros adyacentes, vuestros contiguos  
peatonales  
vuestros convecinos, os lo piden vuestra madre  
vuestra hermana y vuestros hijos:  
que escribáis para todos, que contentéis, que resultéis  
primeramente fraternales, que os hagáis veniales  
que seáis brote espumoso en vez de golpe de mar vaticinante.

¿Os creéis esa sogá? ¿No os colgarán con ella luego?  
¿No habla por ellos su peor pereza cuando esperan de  
nosotros

virtudes coloquiales y respiraciones de cordero  
solamente?

Quieren aprender a soñar y vienen con pijamas gastados  
quieren programas cómodos, sales reconocibles  
se saben dominicales y asentados  
tienen ya flores de trapo;  
para qué, se dicen, para qué  
el olor auténtico del racimo en la mano  
para qué tanto sacrificio, tanta ley del cansancio  
tanto bigote revolucionario.

Dadnos ligereza, os dicen, tabaquito rubio  
dadnos versos comprensibles de cerca y de lejos, veranos  
que huelan siempre a otro verano  
entretened nuestro corazón monologante  
pero luego de los antes y más allá del fin de fines  
por favor, por favor  
la ligereza, ¡don de dones,  
cucurucho sentimental!

Pero vosotros no sois dueños de ese tipo de amor  
¿verdad que no, mis necesarios?

Vosotros no sabéis acariciar los pómulos como suaves vientos  
de costa  
sino como correas de cuero crudo

así vuestro cariño, así las varillas de vuestra ternura  
ásperas y azotadoras como un novio inmaduro,  
se piensan que lleváis vuestro apego en un saquillo de yute  
para ir repartiéndolo en mejillas, y no,  
vais montados en él como sobre una jaca etrusca  
vais violentos y cuadrivivos, vais pesados y nunciadores  
cargados no sólo de amuletos y sonajerías, como ellos esperan  
sino de otras materias más pesadas: lleváis cielos, curaciones,  
bárbaras lluvias, mares que heredarán la tierra  
lleváis hondos barrancos de la ciudad humana  
instintos, cosechas, volcanes de nieve, venas péndulas,  
palabras aguamadre,  
lleváis rabias cerradas como castañas, lástimas manantes,  
lejanías, botas  
para un segundo corazón, finísimos hilos  
con los que mantener familiarmente unidos  
los vientos del mundo y los nombres de nuestros antepasados  
esa es vuestra carga  
la de los primeros enamoramientos y los últimos sacrificios  
sabadlo y que lo sepan  
sabadlo y que lo sepan.

Su gusto es más puro que su corazón, ahí la santa frase,  
ahí el viejo decir;  
así que os aceptarán antes que como profetas  
como pequeños jinetes disfrazados, como nómadas feriantes:

ofrecedles pulseras que brillen, planetas a medida, abalorios  
para un martes sin sonrisa  
ofrecedles un muelle, una pandereta, gitanos míos,  
ellos necesitan esas cosas de hilo antes de acudir con vosotros  
al lugar de la trastienda  
a que les mostréis los fríos verdaderos, los botones no  
decorativos,  
las columnas de sus grandes males.

Son muy pesadas estas cadenas, danos bañado el quilate  
solamente,  
así hablan ellos, así piensan de vuestro primer tesoro  
de vuestra montura insubastable  
demasiado duro el grano, les parece  
y pedirán la harina de los hombres felices, de las verdades  
desmenuzadas y de los dialectos ya redondos,  
ya ensalivados, digeribles.

Habéis caminado tanto, mis apátridas  
habéis viajado de un dolor a otro, de un nacimiento  
hasta el siguiente,  
¿acaso no les vais a vender nada?  
¿regresaréis a vuestro desierto sin lagartos con esa penúltima  
tristeza?  
Traíais lingotes y os pidieron monedas sueltas, vuestra calderilla,  
vuestra calderilla nada más.

Ahora os toca decidir, poetas del guijarro,  
si haceros mercaderes de joyas pulidas, sedentarios y  
acompañados  
o si continuar lavando vuestras piedras, solos como pértigas,  
en el río sin provincias de vuestra devoradora pureza.

## XIX

Esta costilla asustada, esta espalda que no tiene alas sino  
remos  
estas manos que arquitectan, que futuran  
amplios esqueletos de madera  
esta lección de las cuarenta voluntades, este peldaño  
al que se sube por relámpagos verdaderos  
esta amistad del mundo y su lenguaje de zapato  
este tamaño cósmico, este sudor, este ciruelo  
bajo cuya frente escribo y me deposito, me aturdo como un  
palo  
me abraso y me renuevo en paraíso, alzo los hombros, soy  
azul  
y me acostumbro;  
este pan de gozo, su racimo, la cucaña torturada  
por este canto de locos, por este cemento vivo  
de las nuevas delimitaciones  
este curso con horizontes para anchas alegrías

este trasunto del asunto  
esta lluvia que empieza edades y caminos, este acento  
de los hambrientos y los justos  
esta pena de rezar hasta en lo mejor de las panaderías  
este nada decir para decirlo tanto  
para hacernos dioses de las manzanas, de los membrillos  
para llegar con fatídicos sulfuros a las leyes de la ternura,  
y cuánta geología expectante, cuánto fondo de las cosas  
luego de aplaudir sin hijos, con el único amor de las rodillas  
que a uno lo miran, más que como articulaciones justas,  
como hilos o peligros convincentes,  
luego de apearse hasta la condición de los pequeños intereses  
de los perdigones de limón del alma, y de sacar los tímpanos  
al sol para darles su lección, su estribillo de bolsillo,  
luego de dulcificar las cláusulas que acaban llevando  
a la savia de lo posible, a los pomos,  
a las casas con su número y su invierno,  
y de ponerse la vértebra que a uno le falta, lamerla hasta el  
azúcar  
hasta sentirla propia,  
y llorar cien pasos y encontrar un mechero que te acompañe  
y difícilmente darle al día olor de laberinto  
ir gritando semillas  
con voz de pulga generosa proclamar  
escuelitas para el amor que nunca llega, o carpinterías  
con estantes dedicados para los sueños en tarugo.

Son excesos, son excesos, yo lo sé,  
pero qué primavera no lo es  
qué nueva tutela o qué retomado guijarro.

Seguiremos meditativos, pues, apostados;  
aún caben en la lluvia más palomas, aún han de partir  
de nuestro pecho más soldados  
ya no son deberes impuestos, son juramentos del amanecer  
nuestra médula lo intuye, nuestras meninges, nuestra oreja  
sapiéntísima

llevan ya tiempo en su tibieza mejor, en su recodo  
y acabarán por beber el agua más redonda, el agua  
que les corresponde,  
¡por algo el polvo gimió en ellas!  
¡por algo las cortezas son más hermosas que las latitudes!

Nosotros ya lo sabemos, ha empezado el grito  
que despertará a las piedras

está empezando el hombre

que hará llorar al azar.

## XX

La honestidad no es bastante.  
Yo espero que los grandes días de la honestidad acaben pronto.

Es demasiado cómodo ese retiro, poetas, demasiado balsámico  
para vosotros, hombres saludables.  
Otros llevan la franqueza como único escudo  
como única defensa media  
y así se sacudan moscas de pereza y días sin sacrificio  
así se acuesten con el tendón satisfecho y aludan:  
—Mal o bien, esto dije, y en todo momento fui honesto. Basta con eso.

Pero no basta, no ha de bastar.

La honestidad no es una cueva en la que refugiarse  
en que salvarse del clamor de otras derrotas

la honestidad es un pico de lanza que exige una mano fuerte  
y en la mano fuerte un jinete y en el jinete una anchura de  
rumbo  
y un claro destino,  
entonces sí podréis ser sinceros  
cuando os hayáis ganado el derecho a serlo.

Un alma artística que sólo es franca es como un blanco  
recién pintado: podrá llamarse blanco, no pureza.  
La pureza no se declara tan fácilmente  
exige látigos, pruebas, quiere saber su estatura  
antes de proclamar su nombre.

¿Habéis llevado, pues, poetas, vuestra honestidad a visitar  
sus dientes grandes y niños?  
¿Le habéis medido el hambre? ¿La habéis sentado  
sobre vuestras rodillas y la habéis llamado mentirosa una y  
otra vez  
hasta que ha llorado tanto que se le ha secado el pelo?  
¿La habéis dudado? ¿La habéis perdido? ¿La habéis  
sacrificado?

Llevad a vuestra sinceridad a comprar cosas hermosas alguna  
vez  
ofrecedle una camisa de respeto, un sentido de dignidad  
un airecito de importancia,

vedla probarse esos vestidos  
vedla mirarse en tal espejo  
y luego, cuando se sienta bonita como una efigie  
apaleadla brutalmente, decidle que la amáis  
pero apaleadla brutalmente  
como si untarais en miel vuestra correa golpeadla  
sometedla, haced que se desnude otra vez  
obligaos a que entienda que ella no nació para esas galas  
que ella, por sí sola,  
no ha de ser digna ni importante ni respetada  
que es vuestra sierva, vuestra discípula  
y no tendrá su nombre mientras no se gane vuestro amor.

Así dicen los poetas del libro antiguo:

—Llevo un canto en mis venas y su verdad, aun imperfecta, es necesaria.

¡Pero es que ni siquiera se han ganado el derecho a la  
imperfección!

No han labrado un rostro para sí mismos  
no han alimentado con sus actos la extensión de sus visiones  
no se han humillado, no han dormido sobre los ríos  
han sido hombres sin planeta, santuarios  
del dios endogámico de su sí mismo, de su sí propio,  
han amado su ombligo como si fuera un hemisferio

su pensamiento como si fuera un astro  
pero no, no han sido tercos hasta la compasión, hasta el  
mediodía  
hasta la oración sin palabras.

Su honestidad no está probada: es sólo la mitad de sí misma.  
Le falta, para ser quien dice, una oposición igualmente  
sincera  
un gran obstáculo, un viento en contra.

No se esculpe el aire con más aire, sino golpeándolo  
con la dura piedra  
así se le saben los márgenes y dilataciones, los contornos  
ciegos, las alturas probables  
¿cómo conocer una balsa sino enfrontándola al mar  
que la sostiene y la ama, que la resiste y la abate?  
¿cómo probar unas alas sino cansándolas  
contra las páginas del aire?

Hay alas que son alas sinceras pero que no vuelan.  
Hay poetas que son poetas sinceros pero que no cantan.

Así son las normas de la constancia, bueyes míos,  
no basta decir *soy sincero* para que importe que uno lo sea  
salid ya de ese centro, de esa creencia enquistada  
yo os daré la mano, venid, amigos verdeantes

venid a conocer otras virtudes del poeta, otras erecciones,  
otras vértebras crecientes.

## XXI

Este es el día de las consecuencias, el de los pasos lógicos  
el de los pájaros como un azul de piedra enorme  
¿o esperabais señales aún más claras, síntomas lunares,  
advertencias  
como esposas inacabables?

Fijaos bien, hoy todo está creciente:  
las hogueras, los talones, los desafíos  
¿cómo no vamos a empuñar el hierro del mundo?  
¿cómo no vamos a pisarlo con amor de llaga  
y a ser padrinos de algo como un viento que aqueja  
como una mirada cana  
como una verdura con flor?

Venid a sumar ombligos para este presente caminado  
no estamos construyendo sino este momento  
no estamos viviendo sino este momento

dejad para otro día y otra gana el puñal diluviado del pasado  
y la calabaza gorda de todos los porvenires que nos tocarán  
si nos tocan;

este hoy es tan hoy como una mandíbula, como una madre  
con senos

poned vuestras venas bajo su hueso humano  
bajo su alivio que empaña  
veréis cómo entre las manos tantas y los corazones solos  
comienza a llenarse el cántaro de la voz de la memoria.

No hay otra ley, no habrá otro ocaso:  
los campos del héroe nunca son para mañana.

¿Quién sin manto de doble orgullo no se levanta un día  
y dice que sí, sabe que sí  
que con su abecedario giratorio y su medio talento  
con su aletazo brusco y su mucho muñón  
no ha de escribir algo grande alguna tarde, su gran apogeo  
sumo,

su agua de primer conjuro?

Pero atended, mis tan lejanos,  
atended:

no es para pronto, no es para cuándo,  
es para hoy que hay que escribirlo, para este lugar  
del tiempo libre, no para su uña próxima,  
no para su extensión aplazable.

Sentaos, sentaos si es preciso  
sobre el ciempiés todavía blando de nuestro propio corazón  
veos verde el rostro y no importará  
inmaduras las manos, vacías vuestras saetas, vuestra saliva  
sed muelas desnudas si hace falta  
ya iremos cumpliendo costuras, afinando voluntades  
ya nos convertiremos en pequeños magos del diluvio  
no os preocupéis, no os sintáis aún responsables  
del perfeccionamiento de ninguna de vuestras inclinaciones.  
Sed siendo, no pensando que seréis  
sed siendo, no esperéis de lejos a vuestros ojos  
ya están aquí, tomadlos si son chorro o sequía  
bebedlos como sanísimos cerrojos  
pues de su mecanismo, si sois pacientes,  
nacerán las ruedas únicas...

Que es pronto, decís, que aún no tenéis párpados excelentes.  
Que os querellan, que os reclaman, que os abruman.  
Que los viejos maestros, que las virtudes  
obligatorias.

Venid como sois, mis niños mitológicos  
¿sabéis cuántas generaciones, cuánta labor de lluvia y acecho  
hacen falta para sembrar un solo hombre  
como vosotros, un solo poeta con su sien y su proporción

y su primera sílaba?  
¿Que es sílaba de palo? Dejadla,  
ya le crecerán triunfos y cerillas.  
¿Que no posee aún fulgor de noble verso?  
¡Mejor! Eso es que no tiene aún lugar de reposo  
y que todos los caminos le son  
además de ignorados, posibles...  
¿Que preferiríais callar aún un día más, y pulir lo pulible  
y establecer rutas seguras  
y confirmables suspiros?

Os miráis demasiado de cerca, poetas  
tenéis un solo ovillo y os maravilláis con él de la misma forma  
que os asustáis de él  
lo usáis como yoyó, balanceáis la medida  
de vuestras carencias  
y os creéis que pesan como mundos  
cuando en realidad el mundo  
es una gran carencia  
¡venid a verla, gatos ingenuos!  
aquí nadie sabe nada, son todo puentes imaginarios  
ocarinas de intuición, fábulas de familia.

No saben más que vosotros vuestros más provechosos  
maestros.  
Cada hombre sólo puede decirse a sí mismo.

¿Tenéis defectos, desapariencias, tachaduras?  
¿Tenéis ignorancias como pompas de jabón?  
Enseñádnoslo todo, mostrádnos su belleza de tallo intermedio;  
creedme, poetas, no hay perfección de las esferas  
hay perfección del barro  
aspirando a la perfección de los planetas  
nada más, escuchadme, nada más  
ni eternos alfileres ni ejes que giren  
con maderas perpetuas en la frente de Dios  
no hay trece veces trece ni lunas con mejor acento  
hay esto que somos, esta indefensión  
esta manera de, esta medida vieja  
de cuenco soperero existencial.

Mis inmaduros, mis tímidos llanos, mis fructuosos  
vuestras virtudes están naciendo —en este mismo momento—  
justo de esas cojeras, de esas faltas que hoy consideráis  
más dolorosas y más vuestras.

Ved bien este hueso que os digo, este botón oloroso:  
aquello que os dicen que es vicio de vuestra escritura  
aquello que os señalan como exceso  
o como súbita tara  
es vuestro yo irrenunciable, cultivable,  
vuestra ala mejor.

*Eso* sois vosotros, esa primera anomalía  
ese primer encuentro  
de vuestra sangre con la corriente del idioma  
;no dejéis que nadie os salve de ese ahogamiento!  
;no permitáis que os digan una tabla o condición de mejora!  
En ese instante, en ese lunes madrugado  
quizás seáis niños ciegos, imperfectos  
pero sonreiréis como árboles ardidos cuyas cenizas  
aun siendo cenizas  
habrá de elevar un día el viento.

## XXII

La fiesta empezará sin enfados de la cebolla.

No tenemos sino una flauta nueva y todos los domingos del  
mundo

una hermosa miopía y nuestros mejores fruteros  
tenemos telas de hilo ralo que colgar de las paredes  
y sábanas donde se unen los límites viajeros del cielo y de la  
tierra

tenemos bodas y vasos, primaveras siguientes  
confundidas con pájaros burlones  
tresillos de amor, noches para regalar, panderetas que se comen  
como si fueran jóvenes novias

tenemos el pan de panes, gargantas de las que cuelgan como  
racimos

antiguos sistemas estelares

tenemos una mansión con siete pisos de jardines, y en cada  
uno

un ciclo de la vida humana:  
sus primeras esperanzas, sus amplias mitologías, sus  
inevitables renunciadas.

Qué feliz nuestro banquete, qué orientado hacia sí mismo  
¿traeremos antifaces, mazorcas violentas, guitarrones, zapatos  
decisivos?  
¿traeremos la sal que cayó de nuestra mesa  
para bautizar los mares?

Estos son nuestros alimentos, aquí viene nuestra hartura  
nuestra ceremonia boquiabierto, continuada  
nuestro siglo de importantísimas manzanas  
nuestra noche de pañuelos, licor, madrugada y mejillas que se  
aman  
nuestro equinoccio orgulloso, nuestra raza jaleada, enloqueci-  
da, desenvainada  
¡oh música que traes un corazón tan enorme como un gran  
parto  
oh placer de placeres, banquete de los libres!  
de los que entienden el baile como el sí más cercano  
al pensamiento  
¡oh títeres crudos, oh tiemblos inrazonados!  
aquí es la fecha febril, aquí la celebración del apio y sus  
pasiones  
aquí nuestra unida dentadura para decir la gesta humana

su mejor palabra hormiguera, su aullido festival,  
su sueño y canción de vinos y guitarras.

Poetas del triunfo, traed grillos y trompetas  
al festín de nuestro autorretrato.

Perdonad si no hay domingos mansos  
para que relajéis vuestra infinita guardia  
para que os sintáis limitados pasajeros, hombres familiares,  
proporcionados seres campestres,  
perdonad si todo ha de ser alta celebración o recto sacrificio  
si no os dejo espacio para las tibias maneras, para los tibios surcos  
donde un hombre puede pesar sobre el suelo y nada más  
estar encima suyo como con pies de espuma, sin peso de vida  
y muerte  
sin hambriento asunto ni misión duradera,  
perdonad si os llevo clavados a vosotros mismos como a una  
gran alegría  
y no os queda tiempo para regresar ni un solo minuto  
ni un solo día  
a caminar con vuestras sandalias de conveniencia  
por lo hermoso contemplativo, por los rebaños sin fiebre  
y los labios sin comparencias.

Venados de amor constante, os dije, así os llamé  
porque sabía que no habría siete descansos al pie del idioma

que todo iban a ser juncos duros, hondo galope  
y celebraciones puras  
que no habría silbos a medio labio ni rumbos dudados  
que nuestro siempre sería un siempre faraónico, sin peines de  
reposo

ni sueños de paja.

Ahora es dais cuenta, ¿verdad?

de cuánto dura lo que dura

toda una vida extendida, toda una vocación propagada  
todos los signos, todos los ojos.

Poetas de mi travesía, escuchadme a ratos:

esta alucinación en que vivimos no aplazará sus destellos  
es fiesta y rigor constante, es pólvora en continuo cielo.

¿Traéis las mejillas lavadas y talones humildes  
para tanto viaje, mis primordiales?

## XXIII

Escuchad a vuestros dolores  
son formas de la ausencia, son hijos  
con cabeza de mosca a los que también hay que amar  
escuchadlos como si fuerais sus primeros discípulos  
como si fueran primeras normas.

Tocaos, tenéis un cuerpo, un esqueleto amarillo  
un campo de uñas, nervios continuos,  
tenéis ásperos hígados y maneras transversales,  
un pulso que os divide como a ciempiés sanitarios  
y respiraciones hondas como un asta de toro  
tenéis ritmos venosos, papilas agrupadas, ventrículos amigos.

Toda esta hacienda es vuestra, este gran desayuno  
al que han de acudir vuestro pectoral mayor, vuestra glándula,  
vuestra nuez de Adán  
aquí se reunirán a comparar humores, a compensar fatigas

a resistir deflagraciones que llegan  
de uno y otro lado  
cuerdas de viola que la salud va mordiendo, tensando  
que pronuncian finales lacrimosos  
como parejas de omoplatos que ya no se aman  
adolescentemente.

A veces es así, la estrechura.  
A veces uno solo  
con su dolor de nódulos, con su apéndice  
y la fiebre como una zarza subida a las arterias  
y la tos del mal regreso  
y la saliva como una última navaja en el día de las  
revoluciones:  
así esta angustia, así esta indefensión.

Porque también hablan los riñones, y no sólo los dioses  
de la poesía  
porque también las falanges son hermanas de la vocación  
y hay tejidos y vísceras palpables entre uno y otro concepto  
de lo temprano, de lo puro y de lo bello.  
Porque somos un ejército de embates y memorias  
de velocidades límbicas y pasos respiratorios  
un idioma regulado por el borde superior del bazo  
las exactas coagulaciones y los misterios de la orina.

Y nos creíamos tan recientes, tan próximos a los comienzos,  
mis unigénitos.

Pero resulta que es viejo el eco de esta asamblea,  
que llevamos por dentro de nuestro andamiaje  
espléndidos pasados de sanedrín  
naves y capillas donde los días del cuerpo  
escondieron sus secretos, su botonería de consejos  
pero, ay, ha pasado el tiempo  
ha pasado vestido de intelectos nuevos, de razones encontradas,  
de psicologismos ascendentes  
y a veces nos habla nuestro cuerpo y no entendemos ya  
su decir silvestre, sin síntoma ni previo dialecto.  
Entonces nos grita un dolor, nos lo regala como una bandera  
de terco asedio  
nos hace seguir su senda como a borricos malguiados  
y nosotros, en vez de agradecer el tirón de aviso, repencamos  
y nos descinchamos, y lanzamos la mala cox  
a este consejero nuestro, a este buen enviado  
de lo anatómico consecuente.

Escuchad a vuestros dolores, mis poetas de carne  
pues barro vuestro son.  
Ellos os dirán con pocas palabras  
extensiones de sabiduría de infinita arcilla.

## XXIV

¿Os fiaréis del rigor de las estatuas?  
¿Escucharéis aún inteligencias de viejos, palabras de viejos,  
cantatas de viejos?

Hicisteis con vuestro amor que nacía, con vuestra admiración  
de hijos y aprendices  
capillas de sincera devoción  
elegisteis dioses y maestros, señalasteis la frente  
donde se hundía la arena de los héroes  
nombrasteis a vuestros antecesores, ¿verdad que lo hicisteis?  
como un agua de lluvia que mana y mana inversamente  
buscando su cauce mayor y verdadero, su fuente primera,  
reverenciasteis, fanatizasteis, os bebisteis esa misa  
de las grandes idolatrías, de las admiraciones desmedidas  
por los orífiles de la palabra  
os amamantasteis  
poetas del estupor

hicisteis lo necesario, escuchad:  
hicisteis lo necesario.

Erais jóvenes, traíais aún la ropa y las rodillas limpias  
la sonrisa en su tallo verde, indecisa  
aún nada sabíais de talleres y sudores, de la aplicación  
    constante  
del hombre, como un peón útil,  
a su faena de vocación  
estabais convencidos de los dones otorgados, de la divinidad  
que escoge los talentos  
frente a la voluntad de quien los sospecha, los persigue  
y finalmente los reclama como suyos,  
llegasteis a confundir a los grandes poetas de vuestra  
    admiración  
con montañas paridas por la tierra  
con orografías de una autoridad tan poderosa que todo su  
    carbón, que todo su cereal  
habrían sido creados, descubiertos y ofrecidos en un solo día  
en vez de acumulados  
por el Padre Tiempo y la Madre Empeño  
durante largas generaciones de saetas.

Para todos estos errores eran más que verdaderas  
vuestras razones, pues eran útiles,  
eran aplicaciones de vuestra inteligencia a un problema cósmico

eran peldaños tan falsos como precisos  
andamios provisionales para esa torre de cristal  
que en el aire estabais construyendo, que planeabais construir.

Pero ahora mirad, mirad bien:  
nadie hace dioses con maderas que no comprende  
no se crea un alma divina con un alma que no lo es:  
si vuestros maestros semejaban verdaderamente ser de oro  
habrá que decir, habrá que decir  
que vuestro pensamiento también lo era.  
Y si no, familiares otra vez,  
volveremos todos al barro y a la vara humana  
que remueve ese barro, y lo ama, y lo ordena.

¿Os sentiréis capaces de bajaros de vuestra fastidiosa  
humildad  
por un momento, poetas del minuto,  
y reconocer la sencillez de la materia  
que no engendra lo que no contiene?  
¿Podréis decir conmigo, fuera ya de hipocresías sentimentales,  
que cada hombre es responsable de su flor más querida,  
de su mejor talento?

Tenéis estatuas, tuvisteis dioses, altares  
con los que pensabais que no estabais obligados a competir.  
Eran los padres del idioma, los fundadores del verso

¿verdad?

eran primeras provincias, profundos meridianos y jueces  
tutelares

los fundadores del canto, los dadores de calendarios  
en ellos había una fuerza y un destino  
una voluntad prendida y una circunstancia ajustada;  
altas lunas terrestres, eso eran,  
soles bebedores del tuétano divino.

Pero ahora bajad la frente, adoradores.

Es más fácil adular que comprender, ¿verdad?

más sencillo aplaudir el carro que tratar de empujarlo.

Vosotros no sois encomenderos, no podéis quedaros  
en entretenimientos de lejano heroísmo

sois bueyes-poeta, sois marchas vivas

y vuestro reconocimiento a los maestros no ha de medirse  
en lentos homenajes sino en necesarias traiciones

en virtudes sobrepasadas, en conquistas mayores que las suyas

así declararéis vuestro amor, vuestro respeto por ellos

así los divinizaréis, escuchad ahora:

tornándolos humanos.

Ya no es el tiempo de vuestra reverencia sino el de vuestro  
orgullo

salid de aquel hospital de convalecidos

de esta infancia tan larga  
trepad la feliz altura que aún os separa de lo mejor  
de vuestra batuta  
sabed que aún es posible, para vosotros,  
el tardío milagro de la orfandad.

Habéis conocido hasta ahora una salud sin fuerza en las venas  
os habéis complacido en ser discípulos azules  
y en entriparos de una humildad que favorece los nacimientos  
pero que no los consagra  
y ya son muchos los homenajes, creedme  
demasiadas las dedicatorias, las citas,  
los honores debidos y las veneraciones confesadas.  
Matad la loa  
¡envejeced con dignidad, mis jovencísimos poetas!  
ya no es la hora del cariño, salid de esa tristeza  
no es asunto vuestro ese banquete de desprevenidos  
sino el de la dura creación, el del duro parto  
¿habéis oído alguna vez el gemido de una madre paridora?  
¿creéis que en ese momento se acuerda del amor de su vida  
o de sus maestros mejores  
o del rostro de su propia madre?  
¡Los amaré sin recordarlos! ¡Los honrará sin nombrar  
a uno solo de ellos!  
maldecirá, gemirá, caerá desde el pecho al llanto  
pero no se postrará, no lo hará

pues conoce su vientre y sabe que en él lleva, como arena  
dormida,  
su elegía mejor, su reconocimiento mejor,  
su dado traído al mundo.

Padrinazgos, ascendencias, ay, ¡viruta que debe arder!  
el poeta ha nacido para ser rico  
para morder todos los frutos, para beber todos los climas  
no es sólo su deber ser agradecido  
sino extender su circunstancia, su meridiano, su fin de  
mundo.

Hay un patrimonio que es suyo y debe reclamar  
una manzana seminal, una tierra con nieve y con respuesta  
donde le esperan los cántaros, las razas, la materia  
para que él disponga de todo, para que él  
lo tome y lo alce, para que le quepa en la mano  
como una estrella desnuda hecha de puñados de arroz.

El poeta ha nacido para ser rico.

Pero aún tenemos maestros que no nos dejan fundir nuestras  
campanas de alabanza  
para hacer con ellas auténticos cañones y armaduras de cobre  
aún venimos sonando esa trompeta que no es  
la de nuestra mejor soberanía.

Rendimos culto, reconocemos fechas, sacrificamos los peces  
del canto

porque decimos que el gran mar no nos pertenece  
que no tenemos tridentes sino barcas solas

que no somos dioses

sino remeros,

que no se hicieron con hilo de seda los nudos  
de nuestras redes.

¡Adoradores somos todavía, seres montados en su soberbia!

¿o alguien se atreverá a negar que hay más orgullo  
en cada alabanza que ofrece  
que en cada triunfo que logra?

Amasteis tanto a vuestras estatuas que no visteis  
que eran hombres y no soles

los pusisteis sobre un alto pedestal para no tener  
que igualarlos

establecisteis su belleza más allá de lo alcanzable  
dijisteis que su reino, fanáticos míos,  
no era de los días de este mundo.

Hoy no las derribaremos, no, estas estatuas.

Pero digamos su nombre humano y completo.

Sepamos, además de su mármol, su uña triste y su bolsillo de  
espanto

su pecho de renunciadas, la unidad con que la costumbre  
atacaba  
el cerrojo de sus huesos,  
sepamos que tosían, que vivieron medio ciegos, medio  
enteros  
que sólo a ratos vencieron la duda de su valía  
con el peso natural de su talento y su hemisferio.

Que ellos también tuvieron estatuas, maestros,  
y que con ellos libraron también batallas de amor y de linaje  
que hoy recibimos  
no sólo como herencia  
sino como un relámpago de honor y de castigo.

## XXV

Fundaremos el optimismo nuevo, el que no depende  
del carboncito de la ingenuidad  
el que ni se alimenta de ella ni se intoxica con ella  
no es su lección ni su humareda  
venid, hagamos corro y leyenda, poetas del siempre-siempre:  
hay un lugar por el que empezar a tejer los párpados.

Ya no somos ovejas consecutivas, ya no seremos hombres  
con la frente de madera  
vendremos libres desde el timbre más lejano  
seremos optimistas, precisamente,  
porque ya hemos hundido nuestro hueso del amor  
en el desencanto primero, iniciático  
porque ya lo hemos sacado luego de aquella entraña  
dolorosa

y dolorida

y doloriente

temible y anquilosadora  
preceptiva al fin, amiga nuestra.

Allí ensayamos una vez, hace tanto, nuestras primeras  
leyes del fracaso  
allí redondeamos nuestras venas y las sentimos posibles y  
viajeras  
allí nos encontramos las alas, y allí las perdimos  
no inútilmente  
sino como quien llega al borde de la alegría  
regresando desde el filo de lo más llorado.

Por eso nuestro optimismo es de otra raza  
por eso nuestro polvo es de otro ángel  
porque ya supimos de los dedos de lágrimas, de los frutos  
sin madre,  
de la anchura de esta mesa,  
ya tuvimos un primer nombre y arrepentimientos verdaderos  
ya salimos a la vida, a la labor poética que nos esperaba  
como bestias incestuosas  
y regresamos luego aleccionados de una pestaña a otra  
maltratados como semillas  
dolidos hasta lo más labial del alfabeto.

Entonces la elección, la sagrada elección  
sobre nuestras cabezas:

después de esa primera duda, de esa primera decepción  
dejar marchar a nuestro amor niño, poetas  
o endurecerlo en ramas de madurez creciente.  
Mirar nuestras manos con honestidad y entender que no  
que no habrá salvación posible  
no en la literatura, no en la poesía  
como no la hay en la vida  
y aun así empuñar la juventud que nos quede ante lo sabido  
de la derrota  
para tomarla como cauce seguible, como segundo huevo de  
gallina  
como alas que quizás ya no son tan vírgenes, tan hermosas  
pero que vienen volando cargadas de herramientas.

Así llega nuestro optimismo: con la cara sucia,  
y luego lavada, y sucia de nuevo,  
así tantas veces como sea necesario:  
es su forma de victoria, su alegría de saber que nada importa  
pero hacer que todo importe.

Y ya sé, ya sé que esta manera heroica que os digo  
mis entumecidos  
que este segundo optimismo del que seréis, por primera vez,  
padres conscientes  
no es el que cantan las odas, no es aquel del que hablaban  
los viejos libros ni las épicas canciones

y por el cual vuestros pechos, como colegialas infinitas,  
suspilaron un día  
pero escuchad, oídmelo ahora:  
es fácil ser poeta a los veinte años, ¿quién no lo es?  
vosotros en cambio sois camellos, sois bueyes de la distancia  
y vuestro empuje ha de llenar las sucesivas décadas  
vuestra primera edad y la segunda  
la de las treinta, la de las cuarenta, la de las cincuenta  
vueltas de calendario  
y veréis que allí, en esos años,  
si vuestro amor conserva su fuerza  
ha de encontrar también su trono, su día y su vereda,  
las palabras que lo definen y el cuerpo  
que le dará sentido.

Coged de la mano entonces a vuestra vocación niña, la de  
entonces,  
llevadle a ver el engranaje mayor del optimismo  
de nuestro optimismo:  
que vea lo *inútil* que siempre ha sido cualquier esfuerzo  
artístico  
y lo necesario, desde todas nuestras camisas,  
que será insistir en él.

Partiremos del desencanto, amigos. Ese será nuestro regalo.  
La piedra inamovible, fundacional, sobre la que levantar

la torre

Sí.

Gran

nuestro

de

## XXVI

Tendrás un cuarto, poeta, uno solo.  
Allí una mesa, una ventana, un somier:  
la fundación de una patria.

Es tan poco, tan poco, poeta  
que no necesitarás más.

¿Quién pide adornos, distracciones, muñecas prematuras?  
¿Necesitas acaso esos disfraces?  
Tienes tus dedos que son cinco en cada mano  
y además un escritorio sin objetos  
limpio de vida, de comercios, de adversarios.  
Parece un lago helado, de tan callado  
bajo cuyo cristal se preparasen, se vistiesen para un próximo  
    nacimiento  
asignaturas y jardines.

Tienes la pobreza tendida como un hule  
tienes la juventud, animal mío, tu tenedor de palo  
para comer de él como de una partitura  
tienes una historia posible  
la boca sin amagos, sin sales ni tonos medios  
virgen como cualquier legumbre.  
Come pues de ese tesoro  
como si acabaras de madrugar, como si acabases de caer  
desde una yegua blanca o desde un salmo agradecido.

Aquí tu cuarto, tu lección, tus tres cosas.  
¿Un espejo, otro armario, dos sillas?  
¿No ves que acumular tanta fijeza es ya una forma de derrota?  
¿No ves que tendrás luego que aprender a morir en cada cosa?  
No eres un anticuario, ni un taxidermista  
eres una madre o un monje feliz, un cuerpo hambriento,  
un sí redondo como una única ventana.  
El resto son colectas, indeciso mío,  
preocupaciones de gordos y almaceneros.

Reúnete hasta el hueso, prescinde de lo potencial,  
de sus triunfos de trapo  
son pepitas diarias que acaban en entierros de pájaro,  
orgullos maquillados.  
¿Para qué esa batalla de falsos cascarones?  
¿Para qué tanto oro confuso, prevenido?

Ten tu mesa, tu ventana, tu somier.  
No necesitas más verdades.  
Ahí está la vida de los tantos párpados  
la mañana con los bordes limpios  
con los cuándos puros, con la tentación exacta.

Amarás la madera de tus labios  
como si fuera del mismo bosque  
que la madera de tu única silla, de tu único pensamiento  
y allí descansarás como sobre tres madres.  
Tan hermoso ha de ser el día de las renunciaciones.

Y si hace frío en tu cuarto, poeta, bendícelo.  
Ya tienes un compañero, un contrario, un hermano  
ya tienes una aguja en el cuerpo, un homenaje  
para sacarlo de su gran bostezo.  
Estar solo es demasiado y tanto ruido: necesitarás un otro.  
Si ese otro es el frío, bien sea,  
pues mientras dure ese enemigo, mientras mantengas esa  
esgrima  
no habrás de luchar sino de la mano y en la misma dirección  
que tu propia poesía.  
Es necesaria una pared contraria. Siempre.  
Quien no la halla fuera de sí la nacerá dentro.

¿Verdad que has oído hablar de grandes bibliotecas  
y dominios y escritorios de maderas nobles  
y ventanas que dan a jardines particularmente musicales  
donde los otros escritores, los zorros viejos,  
fabrican sus adjetivos y sus libros clásicos  
al calor de chimeneas  
maternales como blandísimas sábanas de felpa?  
¿Verdad que ellos sí tienen comodidades, anaqueles,  
lamparitas que duran todo el día  
y hasta un piano para las visitas?

Creedme, no hacen sino tratar de reconstruir el cuarto  
en el que vosotros estáis ahora  
el mismo en que estuvieron ellos en los días  
de su primera frontera, de su inédito decir.

No les envidiéis, pues, ni una sola cerradura, ni un solo vidrio  
ni circunstancia  
pues un día vosotros también miraréis atrás  
desde vuestra torre soleada, desde vuestra biblioteca vital  
y os acordaréis de este vuestro lugar de hoy  
de su escritorio corto, de su somier a medias, de su silla sola  
y como quien oye una música más cierta aún  
que la música del recuerdo, repetiréis:

*—Eso era, eso era.*

## XXVII

Cuántas reuniones, poetas, cuántas tertulias  
cuánta camarilla. Cuánto corazón  
comunitario.

Será que hay que hacer prólogos, será que la quemadura de  
los compromisos  
será que uno, sin los otros,  
es menos que uno solo.

Y el asunto de las salvaciones colectivas, claro,  
las que se dan no por el derramamiento de los mejores  
adentros del alma del poeta,  
los más peculiares, idiosincráticos rasgos suyos  
sino por todo lo contrario  
por su encadenamiento o su adhesión o sus mal disimuladas  
similitudes  
con un grupito o generación antologable

que ya lo envuelve, que protege su legado  
frente a los enviones del tiempo  
dándole esa mantita tibia de los nombres de a tropa,  
de a montón, de bandada generacional.

Aquí cada uno tiene su pequeño apellido, su pequeña fuerza,  
su gesto exacto,  
te dicen.

Pero no todos llevan candelas en las manos.  
Por eso acércate muchacho, nos daremos luz unos a otros  
reuniremos ímpetus, calideces.

¿Ves lo que explican?, ¿ves lo que proponen?  
Ay, los comunitarios, los concurrentes, los sumadores de  
ímpetus  
y sus buenas intenciones.

Quizás no recuerden que poeta nace uno cada trescientos  
años.

Amad a vuestros contemporáneos, sí,  
pero huid pronto de ellos  
romped ese cascarón de las mutuas comprensiones  
estableced vuestro derecho fuera de esta reunión  
confundidora de talentos  
creced hacia lo que sois, no hacia lo que pertenecéis.

Ellos os comprenderán, solamente,  
a cambio de debilitaros. Lo mismo un agravio  
que una alabanza es merma, escuchad,  
no necesitáis la lija ni el barniz, mis carpinteros poetas.  
Vuestro es el primer árbol del mundo.

## XXVIII

El peso, el peso.

A veces nuestra voluntad, nuestros fanatismos  
fueron pesados como gestos completos, como mares  
preñados.

A veces tuvimos que alimentarnos con la leche  
de burra del exceso, con aquel calostro intragable;  
éramos rorros flacos, éramos gorriones dolorosos  
que debían engordar  
para sobrevivir su primer invierno.

Veníamos demasiado nocturnos, demasiado cuidadosos  
veníamos como insectos de lana a un mundo  
de catapultas e intemperies  
desnudos como cartílagos, desasistidos  
sin circunstancia

con vértebras de araña y los pies  
inseguros como un primer noviazgo.

Por eso exageramos nuestro gesto, por eso nos volvimos  
orillas fanáticas  
por esa gran inseguridad, por esa gran debilidad fundadora  
de nuestro yo sietemesino.

¡Que alguien nos traiga mantas para estos síntomas!  
¡que alguien proteja la construcción de este suspiro!

Y entonces vimos que ese alguien éramos nosotros mismos  
que así íbamos a educarnos:  
con rigor de piedra padre y una ceguera sin trueque  
con lecturas y bestias y abundancias  
con falsos botines y sabotajes del alma  
con secuestros, con cantidades de pecho, con altas militancias  
con un sí almorzado y triste  
con una soledad como un flemón  
así fue nuestro juramento, así nuestro pienso de engorde  
decíamos  
hasta que nos crezcan las alas  
hasta que nos crezcan las alas.

Había que optar por la arena violenta  
crecía loca la hierba de nuestras venas  
cómo no azotarnos, cómo no mostrarnos tajantes, desmedidos,

equivocados de luna o no, pero marciales  
constantes como peces surcadores, como hombres  
siete veces hombre  
los labios comidos por dentro  
los ojos cual cielos duros  
la saliva color de yunque y unas uñas como cuencos  
donde recibir donaciones.  
Cómo no. Cómo tanto no.

Pero luego el hígado, con el día de días,  
fue cediendo insumisiones, fue arrojando fardos sobrantes  
con puntualidad de proverbio  
cosas que no necesitaba:  
absolutos admirables, prendas drásticas, manifiestos  
de primera vocación.  
Eran leños que ya no ardían, que pesaban como nieves  
legendarias  
que habían cumplido su parte, su ley, su sal y su destino  
pero que ya no cabían en el tiempo nuevo  
el de nuestra próxima silueta  
el de la ligereza de lo esencial.

Vinimos cargados de conciencia, amigos,  
de desmesuras, de sinrazón y hormiga  
pero ahora, gordos como estamos  
hemos de encontrar la táctica, el lugar desde los huesos

donde aliviar tanto estudio, tanto saber  
donde descargar todo el sabor sedimentario  
de nuestro ayer riguroso.

Descansaremos de ese peso por un rato  
pasaremos a la siguiente fiebre  
pero sin abandonar completamente ese alimento  
esa cáscara de nuestros viejos fanatismos.

Con ellos habremos de prender todavía alguna vez  
el amor con ceniza de las primeras estrellas.

## XXIX

Habéis traído la palabra *utilidad* a esta casa  
¿de dónde la tomasteis, quién os la ofreció  
como miel o norma?  
la lleváis de la mano, queréis enseñárnosla  
presentárnosla bien vestida  
pero es una niña aún, miradla, es una niña aún.

Pensabais que en sus cabellos traía lazos, hermosos lazos,  
y eran cadenas.

Pensabais dispuestos a, esforzados en, asomados para.  
Pero ya os bajáis de esa confianza, de ese criterio,  
ya soltáis ese alambre de las proposiciones causales,  
de lo mecánico y consecutivo.

No era un problema de sintaxis, ¿verdad?  
sino de saetas digeribles y de párpados vivientes

era más una fiesta de pequeños países con los ojos azules  
que de relaciones lógicas y progresos cristalinos,  
no importaban tanto la fecha y el destino  
como el amor y el simple pedaleo.

Un buen poema puede ser una mazorca  
a condición, claro, de que nadie trate de explicar con él  
lo que es una mazorca.

Es sola la región del canto, no han de ponérsele  
rieles, pasos de guía, postas numeradas  
para caminantes atrasados  
su efecto es más hondo que el de la moral o la dialéctica  
su protesta es más antigua  
su lentitud más completa  
y su salud más ciega.

Trabaja el poeta con intimidades que quedan fuera  
—por demasiado adentradas—  
del círculo de lo utilitario  
construye alturas hechas de altura, ojos hechos de ojos  
¿y dónde el material intermedio y reconocible  
dónde el barro y el ladrillo y el músculo y el cristal  
palpables?

Quien es pesador de truchas en una lonja

tiene sus peces, su balanza, sus monedas contadas  
para demostrar que su oficio es real.  
El poeta, el pensador, sólo se tienen a sí mismos.  
Mientras permanezcan callados, sea cual sea su potencia,  
su mar no existe,  
y dirán los otros:  
¿de qué sirve este hombre?  
¿qué comercio trae, qué ciencia explica, qué dolencia cura?

El poeta es un vaso idóneo, no más que un gran oído  
que se va llenando y se derrama, que acumula y se vierte  
en la matinal eyaculación del canto  
es poco más que un cauce, una depresión del paisaje  
por la que otros caminarán sin darse cuenta de que un algo  
les moja los pies  
de que hay peces honorables guiando discretamente  
su rumbo de séptimo pastor  
por entre los rebaños del agua.

No os preocupéis por jardines útiles, poetas  
hay virtudes por encima del provecho, rentas mejores  
que lo solo conveniente, que lo puro pragmático:  
hay cosas que no sirven para nada que sirven para tanto...

Salid de las medidas absurdas, de los débitos del alma  
respirad dentro de vuestra propia balanza

de vuestro importantísimo delirio  
y sabed, sabed siempre  
delimitar la norma de lo útil, que nada tiene que ver  
con el ámbito de lo necesario.

Consolaos con estas bellas distinciones, mis compadecidos.

### XXX

Fascinar juventudes: qué hermosa ración, qué suficiente causa.

Aunque luego se llene nuestra cabaña de dolores previstos  
de arenas como de mar abandonado  
aunque envejecamos así en el corazón de tantos hijos  
y apedreen nuestras tejas, nuestras ventanas de cristal de arroz  
como quien sacude los odios leves que siempre se alojan  
en las viejas amistades.

Poco ha de dolerle a quien conmovió a las almas núbiles  
que esas mismas almas, en sus otros años,  
le nieguen tres o siete o cincuenta veces  
pues su labor ya está hecha, y precisamente  
es parte de su destino  
la retirada de ese peldaño, de ese altar

para que ellos presenten al mundo  
su propia oración sin tutela.

Nos sonrojaremos ante la brevedad de nuestro reinado  
y aun así, ensanchando las alas  
repetiremos que fue honorable el pacto, la ley que nos unía  
a lo perentorio, a lo caduco;  
que amamos sólo lo que nace  
y en el momento en que nosotros no estemos naciendo  
sabremos apartarnos, validar nuestro derecho  
a la no trascendencia.

No vamos a ser mariditos calvos, ni profesores con legaña  
que levanten su doctrina donde ya su voz  
no alcanza  
no seremos columnas que molesten el paso  
de los nuevos desfiles  
no somos héroes en ese sentido  
no somos padres de ese acuerdo  
¿os prometieron otros la eternidad de vuestro discurso?  
¿palabras santas que no declinaban?  
¿siglos de canto y de conquista?

Ay, a mí me parece que lo más perdurable que un hombre  
puede dar a los otros hombres  
no es sino lo más perecedero de sí mismo, lo más humano.

Hay ser suficiente en una sien que se ofrece  
completa al mundo, hay materia y roca a cauda,  
anhelos sinfín, dolores de a puño,  
al menos dos verdades, cuotas de olvido,  
lutos bastantes, cifras de histórica melancolía,  
montones grandes de aliento, cúmulos de triunfos tristes,  
hay ser suficiente, sí, ser de sobra en el hombre que se entrega  
desnudo al mundo  
con su total de errores, sus modestias,  
su duda cana,  
sus creencias, sus banderas, su cansancio,  
su dolor de hombro izquierdo, su media barba sin porqué,  
su sola cavidad bucal, su glande, su hueso sacro,  
la costumbre de domingo  
de su quinta vértebra lumbar.

Hay tanta sustancia devorable en un hombre  
tanto lecho biográfico  
que quién necesita más mitades, quién pide títulos  
de segunda hermosura, garantías de cielo,  
rentas imaginarias.

Tomad vuestra decisión, poetas, salid ya de ese fango  
de las aspiraciones eternas  
vivid con nosotros  
dadnos vuestro chaleco, vuestro andar de frente,

vuestra axila verdadera,  
es lo único salvable, creedme, vuestra mortalidad  
es lo único que habrá de perdurar  
vuestro pecho-pecho, vuestro ayer jueves  
vuestro pronombre llano y vuestro sí con zapato.

Empecemos los nombres del día  
besemos la mejilla de lo que ya nos besa  
y habrá juventudes que nos sigan, que señalen como verdadera  
la lejana causa  
de tan próxima orilla  
¡pues otra no hay!  
No es voluntad ni castigo, no es oro ni maldad:  
es lo único que somos.

Quizás nos olviden luego, pero nos seguirán juventudes.

Sed ambiciosos, tratad que también  
os siga la vuestra.

## XXXI

Preparemos un fracaso ejemplar, no legendario  
sino ejemplar.

Tendremos muletas verdaderas  
madres que sufran, media gallina  
tendremos suegros descontentos y la despensa sola  
fiebres de mala rata  
nueces muy de tarde en tarde  
ración justa de lumbre  
hijos con el pantalón por el tobillo  
que nos duelan como hijos  
con el pantalón por el alma.

Tendremos que ir descendiendo desde aquella abstracción  
romántica  
del fracaso como norma hermoseedora de la obra  
como animal de seductor gemido

por tan lunario  
por tan lejano y acompañador  
descender hasta una idea más terrestre del tropiezo, del firme  
    descalabro  
hasta una dimensión más cotidiana  
—sobre todo más cotidiana—  
de nuestra bancarrota como costra vivible.

No es otra la tierra de promisión sino ese final  
encapotado, ese lunes patológico  
con su meñique llorado y su vértebra descalza  
ese presente tan concreto de los relojes desolando  
y los ayunos casi, casi  
notariales,  
aquí ya no hay hipótesis de joven sacrificio artístico  
ni suicidios frente al espejo  
ni horizontes de bellísimo martirio,  
aquí tenemos una fecha y su baldosa  
matrimonios que nos miran, plazos civiles  
vísperas con pollo, segundas palanganas, nucas afiladas  
y riñones que quizás no sepan, quizás no sepan  
cuánto han tenido que luchar, y que arriesgar, y maldecir  
para rendirse justo a tiempo.

No viene con aires novios nuestro fracaso  
no trae ni un laúd amigo

viene con estatura y media, entero de sí, real de sí  
concreto como una vara para medirle al poeta su sustancia  
su carácter  
con palmos de desaliento, con futuros y ojos menguantes  
y rotos toalleros;  
va montando su gran museo, su folclórico rueda  
de lobos pudores, de tedios como niñas  
que ya se saben su jarabe,  
y mañanas lunes, y edades con mosca,  
y rincones de llaves.

Todo tendido, dispuesto, palpable  
¿y dónde el gran gesto? ¿dónde la gran aceptación romántica  
de la gran calamidad  
si aquí sólo hay coladores y pocillos, sólo días de a uno  
y síes cortos como pestañas?  
¿por cómo y cuándo salirnos a la edad heroica  
a los conceptos de total renuncia  
y glorioso derrumbe?

Es fácil perderlo todo. Lo difícil, poetas,  
es *ir perdiéndolo* todo.  
Tomad aire, pues, para el descenso.

Sed como aquel que decía: me quise tanto  
como para fracasar.

Veamos quién de vosotros  
con la despensa del alma ya vacía de alimento  
y la familia en su silla, esperando,  
aún se levanta y deja, como adorno y humor,  
un jarroncito de flores con olor a pan sobre la mesa.

## XXXII

Hay ejemplos, tipos de hombre que sí pagaron  
las tasas obligatorias  
que comenzaron a hacer su obra haciéndose primero  
a sí mismos  
para que ella no fuera un sobresalto lírico, una casualidad  
feliz  
sino la consecuencia necesaria, ineludible  
de una gran humanidad.

Se trata de construir un cráneo digno, uno de esos perfiles  
de moneda filosófica y altura vital  
se trata de cultivar al hombre desde la raíz  
apoyar su lignina, su madera creciente  
para que su canción acabe cayendo desde las ramas purísimas  
de su carácter  
como un fruto maduro.

Yo sé nombres que no diré, busque cada cual su maestro  
en este arte de la edificación del ser, del individuo  
como potencia predecesora  
del yo creador, como frente anticipante y rompedora  
del cascarón expresivo.

Habrà de doler construir un hombre;  
no es aquello de firmar un soneto y pensar  
que el soneto nos hace artistas, buenos escritores,  
fundadores de algo;  
aquí se da el juego contrario  
el de la voz que manda, que no se deja dominar  
por sus segundos ecos,  
el del mérito y la ética como costumbre y lección  
de cada día  
como cadencia  
modesta y constante.

Habrà de doler, sí, pero luego qué maravilla  
qué parto descansado el de estos hombres  
que no han sino de levantar la mirada levemente  
para ver los horizontes que ya ven  
y alargar un poco el gesto, sin exagerarlo,  
para tomar los gajos que no sólo tocan por tenerlos cerca  
sino que conocen bien porque ya son suyos.

Es el espectáculo de la sencillez, de la naturalidad:  
la magia del amaestramiento de lo ya asumido.

Y el resto observamos, anhelamos, comprendemos.  
Tenemos delante al hombre-montaña, al espíritu  
dueño de sí mismo, amigo del aire en que se mueve  
y sembrador de cada terreno que pisa.

Contemplemos ese paisaje humano con hondo silencio  
no lo llenemos de muecas ni de falsos espejos  
juntemos palos para una hoguera simple  
seamos testigos de aquellas nieves cumbreiras  
que de tan altas, de tan humanas  
parecen pensamientos inalcanzables  
pero que al cabo dan arroyitos claros, descendentes  
y fáciles al sorbo  
veneros que arrastran no sólo la palabra  
sino el sedimento del hombre  
no sólo su musgo andino sino su interior vivo y puesto en pie  
su cordillera de alma, su mirador franco.

Como si poseyeran de una sola vez los cuatro fines del mundo  
así estos hombres, estas señas cardinales  
de lo distante y lo posible,  
estos hombros de discretos gigantes  
de cuyo canto y manera nos sabemos al mismo tiempo  
seres afines

lejanísimos hijos  
y confiados herederos.

### XXXIII

En la oquedad del hombre hay:

primero y en su grado la dolor macho, ese deslugar  
luego una fricción comunicativa, una irrestibilidad  
por no saber explicarse, y no obstante,  
querer que le entiendan,  
hay una rodilla que le queda corta y otra que le sigue de lejos,  
de muy lejos  
como no reconociendo en vida propia el camino que le toca  
como si fuera de otro animal acucillado  
aquel sendero, el tal destino y suyo.  
Hay sonrojos de no consistir, ya se ve, ni en uno mismo  
hay manías, arideces, contrarrias, mañanas mal cosidas  
a su franja horaria  
hay un ay de ayes, ayayay  
lo que no hay es mamable amor, mandamientos serenos  
paciencias con extensión de ángel  
ni tampoco indecibles, ni verdaderas, ni pertenecen.

Hay en la oquedad del hombre  
auténticos asuntos milimétrales que resuenan y resuenan  
en su granja de los afectos  
como humaredas fijas, como cenas solas  
dudas en torno a las cuales habrá luego de tejer  
—con su raza de elegido—  
el poeta su designio  
que habrá de envolver como a hijas o como a sienes de  
muñecas  
cuyo sudor se parece a un canto que comienza  
a un barrunto insinuado y vivo.

Habrà una comunión, poetas, en algùn punto  
entre aquello que os limita y aquello que debéis fundar  
una pestaña que abra ambas circunferencias  
para que revelen que alejadas como parecían  
comparten un mismo centro, un solo eje  
de suma y crecimiento.

En la oquedad del hombre hay mitos y relatos convocados  
antiguas formas de mirar el agua de los ríos  
hay contribuciones discretas a lo mejor  
del discurso humano, a su palabra decisiva  
pero el alma del poeta habrá de traducir todo ello  
levantar esa semilla  
que nace de lo más individual de sí mismo

de su materia más desesperada y personal  
hasta convertirla en flor por todos reconocible y por todos  
poseída.

El poeta, con sus singularísimas lágrimas, llorará por todos.  
El poeta, con su carcajada única, reirá por todos.

Es condición inseparable y suya ahondar tanto en sí mismo  
que acabe dando con los pies de toda una raza  
pues él hallará en su propio amor, en su dolor y en su dulzura  
las cuerdas primordiales en que vibran  
el amor, el dolor y la dulzura de los siglos, de las multitudes  
y sin decirlas, delimitará sus leyes  
las narrará como anécdotas suyas, como cantos veniales  
aunque tras cada palabra se esconda  
como un sol detrás de una columna  
el siempre de los siempres.

Ved que quien mira el gallo de una veleta  
reparará en el gallo peculiar antes que en el viento  
que lo ordena y dirige,  
antes en la forja de lo concreto, de lo puntual  
que en su fuerza impulsora, ese aire augusto  
que es siempre poderoso pero siempre el mismo  
y que por eso no se ve, ni se oye apenas  
pues es humilde como lo son todas las cosas grandes

que no necesitan de nuestro orgullo  
para condecorar el suyo.

Poeta, ¿oyes ese viento, esa razón unificadora  
de tiempos, razas y lugares? ¿Lo escuchas?  
¿O andas aún pendiente sólo del gallo de la veleta  
de tu circunstancia simple  
de la oquedad de tu ombligo?

## XXXIV

Habrá que matar a la madre. Eso ya lo sabíais.  
Eso ya lo sabéis.

El corazón de nuestros muñecos lleva ya tiempo guardando  
ese secreto  
pero en intuiciones parecidas a primeros gestos  
lo hemos ido descubriendo  
y ahora no podemos sino obedecer  
matar una a una a todas nuestras madres  
y dar gracias por la pureza con que se nos ha revelado el  
mensaje  
de esta crueldad magnífica.

Matar a la madre.  
Como quien hereda un espejo y antes de mirarse en él  
lo honra apedre ndolo  
matar a la madre como la lechuza que devora su propio nido

como el pantano que cubre su primera hora, su legendaria  
orilla  
para que la lluvia no sepa de límites tempranos  
para que el alcance de nuestra misión no parta ya  
condicionado  
por tribulaciones, por sensateces y cauciones maternas  
tan dañinas para nosotros, tan letales  
como todos los buenos deseos e intenciones  
de todas las buenas gentes, esas que no comprenden  
que haya medidas de la felicidad distintas  
de la felicidad misma.

Por eso matar a la madre, a nuestra madre.  
Y contentaos, sonreíd con gratitud todos aquellos  
que no tengáis que sacrificar, además  
una esposa o un hijo, ¡contentaos!

Yo tuve un hijo y una esposa. Ahora tengo una pradera  
y un cielo que vigilo mejilla con mejilla  
como si fuera un soldado compañero mío,  
en su perfecto silencio lo vigilo, seguro de nuestro noviazgo  
convencido de que ambos cargamos horizontes del mismo  
derecho  
del mismo peso  
y lunas de envergadura humana y una voluntad  
absoluta y creciente.

La sinceridad del cantor no es la misma que la sinceridad del poeta.

El cantor puede interpretar, interpretarse, ser transitorio, probarse capirotes y disfraces puede darse el lujo de decir palabras hermosas que no siente puede tener una madre.

Pero vosotros, mis mayestáticos, mis recién míos no tenéis sólo un canto sino un imperio un título de amor y ventura que exige más que cualquier estribillo

que os pide una libertad mayor en torno vuestro un área de expansión donde la verdad no haga víctimas ni el sacrificio inicie duelos ni la obligación de futuro funde lutos.

Por eso ni madre, ni esposa, ni santa prole, porque no habéis venido a inventar solamente cosquillas, escalofríos sentimentales sino a vaciar completos los pozos de la memoria a envejecer sin cima, a rodar sin apellido habéis llegado al lugar donde nada es nuevo ni es antiguo y veréis que aquí ya no hay necesidad de apresar las cosas para conducirlas a su significado elemental.

No sois dueños, sois pastores

ya podéis reclamar vuestra total genealogía, pues seréis  
intérpretes verdaderos  
portavoces de lo que el hombre, de lo que todos los hombres  
saben  
pero no aciertan a decir:  
ese es vuestro don, vuestro regalo.

Será de oro vuestra saliva, será de rigor vuestro noviazgo.

Vuestra balanza es dura como la palabra amar:  
sólo pesaréis desesperación con desesperación  
orgullo con orgullo, causa con causa.  
El resto de medidas no contarán, en vuestro corazón,  
con ninguna servidumbre.  
Vuestras alas no están hechas para cargar misericordias  
menos aún la misericordia  
por vosotros mismos.

Aquí vuestro tambor, sin lección, con relámpago.  
Aquí vuestra cólera, vuestra esperanza.

La esperanza, poetas, no es una mirada a lo lejos  
¡sabedlo! sino un gran hoyo cavado en el agro humano  
no es un más allá, es un aquí y ahora  
es una mano más que un ala  
un sí más que una promesa.

¡Mirad, mirad a esa niña, la niña esperanza!  
la acción mueve sus labios  
tirad de sus hilos, de sus pestañas  
provocad su movimiento y ella, conmovida,  
sólo podrá deciros *sí*.  
Os llevará a su planeta  
os regalará astros que gravitan, no estatuas que se mueren  
y vosotros a cambio le entregaréis concretas semillas,  
no dilatadas aspiraciones.

Hasta ahora habéis traído telas, estaban bordadas, eran  
hermosas.  
Mas yo os digo:  
¿con cuántos de estos trapos vais a tapar el llanto de una  
madre?

Ved si me entendéis:  
hay profundidades a las que no llegan, con su mejor  
intención  
las destrezas de las más sabedoras hilanderas  
secretos de urdimbre que sólo los voluntarios mártires  
poseen.

Y vosotros ya sois voluntarios  
si estás leyendo esto ya no hay elección para ti  
ni más coro de súplicas ni más moscas

de la rayada providencia. Estás aquí y dejarás  
tu lágrima en este desierto, tu grito en este mar  
estás aquí, voluntario radial, cubital  
tus brazos son ya saeta  
tus párpados, un sol de mediodía  
no hay otro camino para tus venas  
sino ser profundos y hermosos cálices.

Respirad entonces, mis amigos, pues ya no tenéis  
que elegir, ya se os ha librado de ese peso  
y daos cuenta de que los condenados como vosotros  
los que ya no tienen que señalar con dedo propio  
los órdenes de sus virtudes y sus sacrificios  
son más libres, mucho más  
de lo que se suele contar.

Hay un descanso del alma, una calma admirable  
en ciertos tipos de sometimiento  
pero ese derecho exige una libertad de gestos sin límite  
un abono precipitado, una renuncia exquisita  
y un lugar sin madre.  
No esperéis ya peldaños, ni manos mecedoras,  
ni nadie que os comprenda al regresar a casa vacíos como  
    héroes  
cruels como héroes, tristes  
como sólo el hombre puede estarlo.

No habrá recompensas, no  
ni maneras tiernas de disimular las mitades amargas.  
¿Seréis capaces de subiros a esta nueva clase de sinceridad  
poetas de mi barro y de mi alivio?

## XXXV

A veces se os exigirá un gran mal como precio acordado  
por vuestro gran bien.  
No os lo exigirá nadie, sino que será vicio, deformidad  
nacida de vuestra propia entraña, de vuestra propia carne.  
Igual que un gesto forzado crea compensaciones y tensiones  
dolorosas  
en los músculos adyacentes  
lo mismo vosotros habéis de estar preparados  
para que vuestra profunda entrega, vuestro amor  
desinteresado  
provoque distensiones en sitios insospechados del alma  
en sus lugares más escondidos, probablemente,  
o en los más blandos o en los más culpables.

¡Venid a ver al hombre partido en todos sus posibles seres,  
venid a ver la divisibilidad de la conciencia!

su gramo que padece y su mitad que tiembla  
su frente de gloria, su tela de engaño  
venid a ver al orador apreciado por todos, al desconocido por  
todos  
venid a contemplaros a vosotros mismos  
no como figuras monolíticas sino como mosaicos vivos  
con vuestro perfil de ídolos, vuestra nariz épica  
y al mismo tiempo  
—también como prenda que os pertenece—  
vuestra corrupción más triste, vuestra desviación  
más escandalosa.

No os asustéis, no os asustéis  
conoced vuestra camisa, vuestro tamaño.  
Vosotros no sois santos  
no aspiráis a producir sólo asombro, sólo admiración y  
discípulos,  
tenéis amígdalas, tentaciones, furias  
y así en el aire de vuestro canto no han de oírse soplos divinos  
sino verdaderos ritmos respiratorios, jadeos humanos  
cortantes apneas  
pues, os guste o no, hombres sois.

De parte a parte quisisteis crear el mundo  
asimilarlo, perfeccionarlo  
y ahora veis que en vuestro descuido

—no fuera de su alcance sino en lo más íntimo de vuestra  
naturaleza—  
algo se tuerce, algo se vicia y reclama  
lo mejor y lo peor que hay en vosotros  
un alto precio, una compensación que come  
de lo más oscuro de vuestra alma;  
sentís que dentro de la torre de vuestra voluntad  
de vuestro mérito  
hay un monstruo encadenado  
un vértice de vuestro carácter que ha ido aflándose,  
deformándose  
y que ahora pide, en las horas de vuestro mejor silencio,  
un héroe para devorar.

¡Vuestro yo latigado, vuestro yo llagado, vuestro yo culposo!  
Ay, vuestro santo vicio, vuestra extraña carga  
la que ha de comunicaros todavía, en vuestro ascenso,  
con los ejes sudorosos de vuestro carácter  
con su estado denso, con su tambor dormido.  
Subid pues, trepad cuanto queráis hacia las cimas de la  
excelsitud  
hacia los títulos de valentía, hacia los techos de la prudencia,  
de la revelación, del intelecto  
pues ese nudo malignado, ese desvío  
habrá de manteneros unidos, de algún modo,  
con vuestra necesaria entraña

con vuestra necesaria humanidad  
con su ley primera, con su dolor sin filamento y su acicate  
su lucha constante y su sentido, su grito de auxilio  
sus ansias de propagación  
su privilegio, su castigo.

Dejad que hable el monstruo, dejad que desde su pudridero  
venga vuestra mayor corrupción a recordaros  
lo humanos que sois, lo inacabados  
que aún estáis  
escuchad su procesión de reproches como un primer instinto  
conoced sus bajas inclinaciones, repetid su lacra  
sed sus contemporáneos, sus comprensivos.

Sois poetas de carne y clima, no doctores.  
Hay degeneraciones a las que debéis escuchar.

Quizás eso que consideráis vuestra peor depravación  
acabe por deciros melodías tan profundas  
como las de vuestro mejor presentimiento.

¡Escuchad, escuchad!

## XXXVI

¿Con qué clase de nuevas vocales mediremos  
a los tiernos locos?  
¿Con qué pureza de vino les saludaremos?

Vamos a preguntarles por su canción sin escuela, por su  
voluntad terrible  
por su gran presencia  
vamos a anticiparnos a su amor sin mástil  
a sopesar su belleza, su ceremonia.  
Ellos traen las vigas del siguiente mar  
ellos traen sacos de saliva que saben transformar  
en escarabajos dorados  
ellos, ellos, ellos  
los primeros madrugadores  
los insanos, los alucinados, los de la equivocación  
verdadera

los caídos tantos, los sin corona  
los del patíbulo de la alegría.  
¿Qué leñas transpirables nos traéis, qué sueños en tarugo?  
Acercaos, mostradnos la fila y el timón  
de los vencidos, la forma de la carne  
que tiene forma de borde de algún río, de inundación  
constante  
venid a que os peinemos vuestra cabeza de lágrimas y  
estrellas.

Vosotros sois los que pudisteis amanecer con labios secos  
y dijisteis *no*, dijisteis *ya es bastante*  
y reclamasteis otra vez vuestra empapada vara de ciego  
vuestra esperanza de primer camino  
os atasteis las pestañas con cordones amarillos  
y destejiendo, destejiendo  
fuisteis haciendo viajes en dirección opuesta a la costumbre  
desenterrando geranios que no os parecían  
suficientemente ensimismados  
alimentándoos solamente con jarabes de limón.

Sois los cavadores de paréntesis  
los de la luciérnaga dentro del vaso  
los de la exagerada humanidad y las orejas sin registro  
los nadadores del triángulo del cielo  
los de los calcetines inhóspitos y las pupilas

en su duodécima extensión, abiertas y dadoras  
como muslos de absolutas madres.

Suena un silbo y ya vienen, ya se asoman  
esclavos como mares que han rechazado, por incompleta,  
su promesa de libertad  
que han decidido sentarse ellos solos en la mesa de los días  
a comerse su labor eterna  
y si Dios viene a los postres, dicen, decís,  
que Dios venga a los postres  
se saca otro plato y amén tres veces:  
no hay nada más insignificante que ese gesto  
de sacar otro plato  
en el universo, decís, dicen,  
no hay gesto más insignificante.

Y mientras tanto bailes, curaciones  
fechas no descendidas desde la vanidad de los calendarios  
sino desde el amor de los santos  
mis locos verdes, mis desalineados  
ya estáis aquí, ya traéis nieves y visiones  
rendijas posibles, velocidades vivas, medidas de cósmica  
imperfeción  
colores púrpura, partes del cuerpo  
ya traéis descubrimientos que son como infancias  
como próximos desvíos

que nos servirán para apalabrar la próxima semilla  
del próximo viento de cola  
o la próxima faz del mundo.

He aquí las cumbres sordas, los círculos obsesivos, los pájaros  
clarines  
he aquí nuestra otra mitad abrazable  
nuestro regimiento  
nuestro coro de locos sin madre  
nuestros entusiastas, nuestros consternados.

Miradles el rostro, la frente salpicada,  
sus ojos de novios de algún duende  
y luego reconoced, siquiera sea con vosotros mismos,  
que nuestra poesía, nuestro intento de futuro  
aún no ha llegado a lo más inquisitivo  
aún no ha desbordado lo desbordable  
aún no ha acumulado suficientes cuerpos en la hoguera.

Aprendamos, pues, los verdaderos límites  
atendamos al sacrificio de los locos espirales;  
seamos humildes y minuciosos al comprender  
que la poesía es apenas un simulacro del lodo  
y que ellos, sólo ellos  
son el festival, el hacha y la inundación de nuestro propio río.

## XXXVII

¿Os pido mucho?

¿Os estoy exigiendo algo más que un canto, una visión, una vida?

Esta es la isla que amistosamente os ofrezco  
la que he de poner junto a vuestro pecho  
como si fuera su mejor orgullo.

Padres y madres habrá, hermanas compasivas, ángeles  
tutelares  
vecinas amontonadas, gentes de la buena intención que os  
dirán  
os dirán  
que es tanto, que es de más  
este abrazo interminable, esta circunferencia plena  
este esfuerzo y dominio

que al mismo tiempo os pido y os doy  
como a primeros hijos.

Ellos tienen sus cántaros de medir la vida  
su mirada de meses, sus palabras solemnes  
no es culpa suya si no conocen extensiones mayores  
compromisos más puros.  
Vuestra desobediencia será su enseñanza  
vuestra ley sobre vosotros mismos habrá de atravesar  
las fórmulas de su extrañeza  
seréis la norma que justifica su propia presencia  
el gesto que goza  
de su propia paternidad.

Quizás os quieran más alegres, mejor paseados  
quizás imaginasen para vosotros futuros con retozo  
un oficio estricto, una mujer constante  
ay, quizás llegaron a pensaros como a seres perseguidores  
de su misma felicidad, de su misma entrega  
y sustancia.

Sacad vuestro atabal, vuestro tambor ejecutivo, bardos  
amigos:  
ellos nunca han visto un verdadero pecho humano;  
luego tended completamente las cuerdas de vuestros ojos  
pues ellos tampoco han tenido nunca delante de su vida

una donación tan sonriente;  
poneos a andar, finalmente, para que vean que vuestro  
egoísmo  
es una construcción guiada por su máxima trayectoria  
un dedo que señalará el centro del mundo  
en cada lugar por donde pase.

Habría que ser necio para quedarse con los necios.  
Habría que ser peor que eso para no amarlos.

Miradlos, ellos son vuestra dureza  
atended a vuestra madre con sus prudencias de madre  
acercaos al escepticismo de vuestros conocidos, de vuestros  
parientes  
hasta el séptimo grado,  
auscultad al vecino, al peatón convincente, a la mujer sin  
éxtasis  
y veréis que ninguno cree verdaderamente en sí mismo  
ni en el día que comienza  
¿cómo van a creer, pues, en vosotros?  
¿cómo van a imaginar que traéis leyes y casas nuevas  
y un rostro triunfante y un náceme y una lámpara  
recién prendida?  
¿cómo van a ser acompañadores de un futuro  
cuyos primeros pasos, cuya sílaba inicial  
les parecen sólo signos de vuestro egoísmo?

Ellos no ven vuestra dulzura  
ellos serán vuestra dureza  
la pared contra la que ejercitar este cuerpo de estrellas blandas  
que se os ha dado  
el bullicio contra el que probar vuestras mejores fechas de  
silencio  
la arena que dará perfil e imagen, resistiéndolo,  
al mar de vuestro empeño.

Amadlos pues como a esos males necesarios  
que procrean hijos hermosos  
sentaos junto a ellos y escuchad, por un instante, durante la  
cena  
sus quejas, sus censuras, sus matizaciones  
bebedlas como si fueran un veneno que os fortalecerá  
que os afirmará una vez y otra vez sobre la verdadera categoría  
de vuestro sacrificio  
sobre el diámetro ejemplar de la soledad  
que debéis habitar.

Los veréis tan próximos y pensaréis: ahí están, ahí están  
los otros, mis pares, mis hermanos  
querréis tocarles, hablarles, ser abrazados.  
Hacedlo,  
pero no esperéis nada más allá de esa caricia  
no forcéis de más vuestra gratitud

ni exageréis los buenos modales  
ni aspiréis a una comprensión de fondo.

Os comprenderán, os verán *completamente*  
sólo cuando estéis cumplidos, rebasados  
cuando de vuestros posibles días de fraternidad haga ya cien  
años  
cuando ya no estéis, cuando hayáis partido  
y tras de vuestro primer egoísmo sólo quede  
una fina lluvia  
que por su puerta pase  
recordando latitudes de hace tanto  
y convirtiendo los charcos en espejos.

## XXXVIII

Prepararon velas, mantas y misterios  
los colocaron ordenadamente bajo mis pies  
se hacía de noche y dijeron  
que mi rostro era joven como el hoyuelo de un dios enternecido  
que pensaban sembrar ramas de algodón en torno mío  
que pondrían en orden palabras sencillas como el pan  
para satisfacerme  
que mis uñas eran luceros y mi barbilla  
un cuenco humanitario  
desde el que habían de derramarse los besos más prudentes de  
la tierra  
y los favores mejor calculados, y las palabras más serenas  
así dijeron  
y se sentaron en corros de hombres y mujeres  
en semicírculos de ciudades próximas y lejanas  
—confundidas razas y naciones—  
a escuchar mi voz que era la misma

de los años futuros, de la suma de sus mejores credos y  
cosechas  
de sus preludios, de sus cadencias.

No temblé, pues todo me era cercano  
y sabía que de cualquier movimiento harían un oráculo  
contuve respiraciones como si fueran bosques  
me reduje a hombre sin fervor, a río gradual  
di mis primeras normas, repartí los nacimientos  
los asombros y las paciencias estériles  
decidí qué vientos y los fui dejando en cunas cuya madera  
había cepillado con mis propias manos,  
luego tomé un espejo sobre cada rodilla y, durante un breve  
lapso,  
detuve el tiempo, el discurrir universal  
y todos nos miramos y pudimos vernos como realmente  
éramos  
con un convencimiento tan pleno de nosotros mismos  
que a pesar de ser eternos  
sólo nos apetecía hablar de las cosas inmediatas  
como el moho de los alimentos o el color de los huevos  
de ciertas gallinas silvestres.

Eran muchas las guerras y generaciones, muchos los apegos,  
las campanas  
acerca de los cuales yo tenía que ir elaborando

perfectos borradores, páginas y más páginas de dibujos  
aspectos, extensiones, deficiencias de matiz y escala  
a los que dedicaba mi mirada y mis mejores  
instrumentos de astronomía  
pues sabía de su pequeña importancia, de su significativo  
suma  
y yo quería dar a todos mis congregados  
a todos y tantos como eran  
una bonita herencia.

Cavaron pequeños hoyos y les enseñé el valor de la apariencia  
enterramos juntos antiguas religiones  
y luego nos sentamos encima hasta sentirnos niños que han  
nacido  
en un barranco,  
apoyados los unos en los otros  
seguros de la conciencia que estábamos creando  
sin necesidad de comprenderla, de nombrarla,  
o de dividirla en colmenas.

El poema avanzaba, se me arrugaba en las manos  
pero para entonces yo ya no podía, ya no era capaz  
de abandonarles  
y cuando pedían que derramara sal sobre sus hombros  
y semillas de mostaza y pensamientos proporcionados  
a mí me parecía que todo mi cuerpo era un gran pecho

que podía desplegarse en una lluvia  
de raíces y especias, de riquezas de barro  
que acabarían, inevitablemente, por inundar el lugar  
en que muchos de ellos seguían rezando  
muchos de ellos mis hijos  
ahogados, rescatados, convertidos  
en soberbias embarcaciones  
que yo para entonces, yo para nunca  
sería capaz de abandonar.

Tímidos e inseparables, yo a punto de dormir, tendido  
sobre sus cientos de cabezas  
fuimos juntando sueños, caminos, ronqueras  
fuimos tratándonos unos a otros  
como profetas equiparados, correspondientes  
y luego de una primera lágrima, y de una segunda  
ya todo fue sencillo:  
hemos parido el primer sol, dijeron  
y era verdad  
que habíamos parido el primer sol.

Pero en mis manos aún sobraba barro  
y fui deshaciendo los grupos  
a cada uno le di una vanidad y una palabra  
en secreta concordancia  
con un lugar de la tierra, un viento probable

o una ley de gobernanza marítima  
y con ella acomodaron cada cual su espacio  
su rutina, su porvenir  
en un día que parecía un primer amanecer, un semestre  
ofrecido  
para cada raza, para cada familia,  
para cada árbol con miel.

Descansé sobre unas maderas, acucillado,  
de la frente me caían ya virtudes del cielo  
anchas paredes, monedas cargadas de sinceros pensamientos  
era mecánico mi sudor, apresurada mi sonrisa  
tenía labios que brillaban como naciones perplejas  
y veía que sí  
que por fin estaba dentro de mi gran deber  
que ellos habían tenido razón desde el principio  
y yo sí era un dios, yo sí era su patriarca  
y sostuve mis venas que ya eran propósitos  
y alcé mi paladar hasta su segunda  
o su tercera  
o su decimoquinta altura de vida  
y sin esfuerzo ni dolor, de un modo convencional  
me fui vertiendo, derramando sobre sus bocas  
que ya se habían reunido de nuevo en torno mío  
formando la gran prosperidad de un gran bostezo.

## XXXIX

Pensaréis que debéis abarcar cabos y estrellas  
mundos, lejanos pensamientos, extensiones con veleta  
sois jóvenes, tenéis esa vitalidad, esa ambición  
totalitaria, envolvedora  
habéis oído vuestra respiración en todos los vientos  
habéis reconocido vuestros pasos en todas las plazas  
por eso creéis, por eso verdaderamente  
pensáis  
que tenéis la obligación del vaticinio largo  
de los grandes temas, del hondo acecho.

Veos en esa misión magníficamente desagradecida  
de cavilar acerca del amor como letal asignatura  
de estudiar al hombre como si fuera un círculo  
tres veces encajable: alma, cuerpo, circunstancia  
miraos en ese abrazo imposible  
en esa altura desmedida, en ese páramo.

Hace falta la mirada de un filósofo para ver  
verdaderamente

una manzana

la de un sabio para mirar un árbol

la de un niño para comprender un charco

y a vosotros, locos míos, os parecen poco

un árbol, un charco, una manzana

traéis la sien optimista y os veis capaces

de lecciones aún mayores

porque creéis que estáis obligados, como poetas

a legar un testamento de grandes verdades

a manejar los conceptos desde su arista relevante

a imaginar el nombre de las guerras, las razones de los santos,  
el absoluto del amor.

Heroísmo, religión, duelo, belleza, esperanza, muerte, vida:  
los grandes temas, los pesados horizontes.

Poeta, ¡huye de ellos!

No está hecha tu mirada para abstracciones tan sonoras  
para nebulosas tan inciertas

pelearás con sombras, no acertarás con tu espadín verbal

en ningún centro vivo, en ningún corazón áspero

pues es una batalla de dioses, y no de hombres,

la que tendrás delante

y por más que yo te ame aún no puedo decir que poseas

una visión de la realidad tan depurada, tan adherida  
como la que estas materias exigen.

Cuéntanos mejor cómo fue tu día  
cuando te canses de vigilar tanto cielo  
dinos con sencillez la miga de tu almuerzo, el beso de la  
madre  
la pata crujida de un buey o la visita a la casa de un amigo  
dinos el sabor de una hoja de acelga y créeme  
créeme  
que ahí sabremos encontrar nosotros, mejor que en cualquier  
teoría  
o tratado o síntesis,  
el amor y la culpa, la gratitud y el orgullo  
la identidad, los placeres, los motivos  
el origen, las mudanzas, la caridad, el deseo  
las leyes del honor, el jugo del cariño  
la infinitud mejor del alma humana.

Aunque seas guardián de los eternos conceptos  
danos, poeta, palabras que nos quepan en el cuenco de la  
mano  
como frutos del día.

## XL

Sois únicos y no lo sois. Venís en oleadas de a uno.  
Todos formáis parte de la cifra necesaria.

Ay, el punto de equilibrio, el día de descubrir  
que uno solo es todo  
pero que uno, sin todos, no es nada,  
qué flecha lanzada contra el torreón de nuestro orgullo  
saber que actuamos como poetas inmensos, como hombres  
con corazón de siglo  
y que sin embargo estamos dentro de una sencilla tradición  
que somos parte eslabonada de una cadena antigua  
formada por tantas voces, por tantas frentes  
que a su vez se vieron, en su día y su momento,  
también  
como príncipes de la individualidad.

Escapáis del rebaño de vuestros iguales

os construís únicos, independientes  
y ahora os encontráis sujetos al hato de otra mirada  
la que os señala como profetas, sí  
pero como profetas continuadores  
la que os galona con altas medallas pero no con coronas de  
imperio  
la que os mide por lo que sois:  
dioses que lloran con cebollas.

Sabeos primero únicos, pues ese es vuestro valor  
pero reconocéis luego compañeros, pares, subordinados  
incluso.

Es necesario, también para la salud de vuestro orgullo,  
ese pedaleo que va  
de la confianza a la desconfianza  
en vosotros mismos  
una vez y otra, otra vez y una  
ese movimiento pendular que trabajará en vuestra seguridad  
sin permitir os la autocomplacencia  
es necesario ese viaje, esa ida y vuelta constantes  
en que vuestros pies, además de fatigarse,  
conocerán sus extremos, su potencia oscilante  
y el arco real de su naturaleza.

Hay una música que os susurra  
que deja constantemente en vuestros oídos

la palabra *elegido*  
y debéis oírla, debéis hacerle caso  
¿cómo si no aceptar los grandes sacrificios  
a los que estáis destinados?  
¿cómo si no atreverse a ser?

Pero una vez ese canto os haya endurecido, no dejéis  
que os parta  
venid entonces entre vuestros hermanos, ablandaos  
sed de nuevo algo así como un hombre común:  
hay que saber descansar, también,  
de las latas faenas, de las más interminables.

Desproteged vuestro orgullo, y luego  
unificadlo de nuevo.

El mar no vence a la tierra y le da forma y le cava orillas  
por ser más poderoso que ella en su furia  
sino por mostrarse desde siempre  
más constante en su vaivén.

## XLI

Si no podéis escribir vuestra poesía en un muro, mis dichosos  
si allí os avergonzaría  
aquí, en vuestro cuaderno, debería también avergonzaros:  
no hay dos maneras de medir el corazón humano  
no hay dos maneras de decir, ni dos corajes  
uno que sirva para la propia conciencia y otro  
de cara a los demás,  
la poesía es siempre un manifiesto  
ya hable de briznas de hierba, de la súplica de un hijo  
o de la culpa de un tirano.

Venid, venid a pintar los muros  
seamos poetas de la primera piedra.

Vuestro cuaderno es una excusa, vuestra honestidad es una  
excusa

vuestro decir a medio labio es una excusa.  
Y las excusas, además de excusas, son síntomas.

Miraos pues, por primera vez, débiles como cartuchos  
miraos a pocos minutos de vosotros mismos  
y veréis que vuestra delicadeza no es hija de vuestra  
sensibilidad  
sino de vuestra cautela, de vuestro miedo,  
que en vuestra timidez hay más de servilismo  
que de auténtica autoinspección  
y que llamáis excelencia no más que a un atributo  
de la aprobación, es decir, de la vanidad.

Venid, llegad al frente de rebeldía:  
al otro lado del muro estáis vosotros mismos.

Venid a derrotaros, sumaos a este llanto militar  
disparaos, secuestraos, tomaos por fin en serio  
ya no necesitáis tanta protección, ya no confabuléis  
tantos rincones de pureza  
pensad en alto, dormid en alto, soñad por fuera  
contra los nudos terrestres del cielo, soñad  
contra el amor por la costumbre  
contra el gemir de la conciencia.  
Es la única forma de sobreviviros, mis soldados  
levantando corajes por encima del coraje

tomando esa pértiga  
horadando ese nombre, esa visión, ese muro.

Vandalicemos siempre  
propongamos cada vez, acompañando a nuestra fe,  
la refutación que la traiciona  
merodeemos, comparezcamos, seamos masa y pensamiento  
siempre en armas, siempre insatisfechos  
y dispuestos, desde la nube del alma  
a clavar en nuestra propia puerta de madera  
cada día un nuevo manifiesto.

Es una de las formas de juventud más prósperas,  
la insatisfacción.

Vais a vivir muchas versiones de vosotros mismos  
a lo largo de la vida  
vais a ser muchos poetas. Y yo os digo:  
sed siempre el primero.  
Escribid siempre vuestro primer libro;  
o mejor aún:  
escribid siempre el primer libro del primer poeta.

Es la única forma de preñar de hijos la palabra.

## XLII

Amáis las palabras, las veneráis  
pero luego no creéis en ellas hasta su último cero  
las alabáis, las pensáis, las vestís como a niñas de buen jardín  
incapaces de levantar un verdadero peso  
las decís hermosas, las propagáis pioneras  
pero en su último momento, en vuestra última estancia  
os parecen insuficientes, escatimadas  
demasiado rubias para pertenecer a un mundo con  
consecuencias  
¿o ando desviado de la verdad  
lejos, mis semilúcidos, del consejo útil?

Moriréis por una frase, pero no creéis  
en realidad no creéis  
que una frase pueda morir por vosotros.

Aún no estáis lo suficientemente persuadidos  
de la materialidad de vuestro canto  
aún habláis de soplos, de cadencias, de sombras proyectadas  
aún no tocáis una naranja  
la lleváis en la mano pero no, no la veis  
pensáis que la poesía es otra cosa  
más lejana, más profética, más exenta.

¿Os dais cuenta de vuestra sumisión?  
Hasta los mejores de vosotros sois súbditos de una reina  
de tan profundo linaje como desbandado ejército  
palabras que suenan y no son actúan como gobernantas  
vuestras  
venís con tambores rompientes de primera fila  
a defender países que luego, una vez interrogados  
admitís que no existen.

Un libro dador de vida, eso espero de vuestro oficio de  
palabras  
no sólo la proclama del verbo sino su insistencia  
su gesto repetido  
su dominio sobre lo evidente, sobre lo perfectible  
sobre las esferas cotidianas y los pequeños  
sarcasmos de la tierra.  
Sin suspiro, sin soborno, sin artificio:  
la palabra dicha con verdad siempre tiene su auténtico peso

y ese peso curva el mundo, lo deforma y lo atrae  
lo perfora  
y ya lo abstracto del decir, del pensamiento  
adquiere su superioridad, su merecimiento terreno  
vomita su impotencia, su vacilación, y es por fin  
piedra actuante.

¡Rodad conmigo, poetas del aire!  
Bajad hasta los días lunes, hasta el sitio del álgebra,  
de las delegaciones  
también es esta vuestra acera, vuestro desfile  
también aquí hay escalas ascendentes, posibilidades de  
eficacia  
bellezas hincadas  
también aquí hay tierra para vuestro oficio, y huertos  
proclives  
y bordes de caminos.

El mundo es generoso como una cosa vieja  
es paciente como una lima.  
Guarda sus mejores obsequios, sus músicas maestras  
para quien se enriquece enriqueciendo  
para quien se atreve, para quien ahonda  
para quien ejerce verdadera presión  
sobre la corteza del idioma, del amor y de la costumbre.

No desdeñéis, como malos amantes, el buenhacer de las palabras.

Son quizás la única forma que el pensamiento tiene de volverse una y otra vez contra sí mismo.

Me miráis, ¿verdad?, me interrogáis.

Parecéis decir:

—Qué terribles leyes, maestro, y qué sencillas.

### XLIII

Un género, una métrica, una estrofa, una décima  
una épica, un estrambote, una quintilla, un fatigado  
serventesio  
¿de verdad necesitáis tantas muletas?  
¿de verdad tantas paredes que ir tentando?  
Tanta forma hecha forma, poetas, no parece sino el apoyo  
de los que no tienen claro su decir  
sujeciones, amarres  
para los cojos del pensamiento.

Quien toma dos ejes, cuatro circunferencias  
y veintidós tablas  
no tiene un carro, tiene dos ejes  
cuatro circunferencias y veintidós tablas.  
Asimismo, quien pone por alma dos cuartetos y dos tercetos  
once sílabas por verso y una consonancia a timón fijo  
podrá tener un soneto, sí, y hasta un buen soneto

pero no tendrá un hombre.  
A lo mucho y más, la camisa de un hombre.

Pero esta le irá grande o chica  
demasiado holgada o inconvincente o ceñida  
le ahogará o le dejará exhibido  
y el poema será siempre un triunfo de segunda especie  
porque no nace consigo mismo  
sino que es un ajuste, una aproximación  
una prenda que encaja la pauta de un sentimiento  
a la norma de un decir.

Vosotros iréis más descalzos, a vosotros os siento  
más desnudos  
¿o necesitáis ese tenderete?  
¿qué valen un heptasílabo, un pie quebrado o una rima  
perfecta  
comparados con un solo pulso verdadero  
con una palabra dicha porque no podía no decirse  
con una expresión de pura rabia  
o un lamento de jodido amor?

¿Quién cambiaría una confesión humana, salvaje y total,  
por el verso amaestrado de un romance?  
¿Quién rompe así su lingote para comerciar con el mundo  
en monedas tristes y reconocibles?

Nosotros no; vosotros, no.  
El poeta de género es un taxidermista  
antes que un poeta.

Vosotros no necesitáis, para sentiros artistas  
tanta teoría ni andamiaje.

Un verdadero poeta crea la norma que defiende al poema  
—conforme crea el poema.

## XLIV

Repetid, repetid, mis encadenados, mis pronunciadores  
repetid lo que ya dijeron otros  
¡y lo que vosotros mismos dijisteis!  
estáis en vuestro derecho a plagiar, a deglutir  
formáis parte de la cadena de los héroes  
asimilad y escupid, robad con vientre:  
vuestros maestros os perdonarán.

Y veréis además que no existen dos hombres  
con dos almas iguales  
que por más que calquéis la forma  
y calcéis la horma  
y truquéis y trunquéis y multipliquéis  
los mundos y los modos, las técnicas, los ritmos  
los inventarios, los recursos  
de quienes os antecedieron, de vuestros mentores  
y lejanos maestros

por más que tratéis de adueñaros de todo eso  
digo  
a vuestra camisa le sobraré o le faltará  
siempre un pulso, siempre un botón.

Vuestra hazaña no es la de la perfecta simetría  
la de la imitación estéril  
vosotros deformaréis siempre la lección recibida  
la manipularéis, la violaréis, la incorporaréis como viejo astro  
a vuestra total cosmología  
le tacharéis bordes, beberéis  
su leche preconizante  
pero luego no quedaréis acongojados, satisfechos y dormidos  
sino que certeros como primeros niños  
recuperaréis vuestra era de vigencia  
subiréis hasta la postura que sabéis que os corresponde  
alcanzaréis el tamaño de un hombre,  
de una huella completa.

Esa es vuestra exigencia, vuestro gozo, vuestro modelo.

¡Repetid, pues, poetas de la transmisión!  
Sois engranajes que aún han de aprender su primer  
movimiento  
ruedas que partirán su eje cuando alcancen  
su verdadera, su nativa velocidad

no os preocupéis hasta entonces, manteneos auditivos,  
confiados, adueñantes  
sois antes que nada pozos donde han de cumplirse  
rigurosamente  
los ciclos de hundimiento, salivado y fermentación  
donde todo desciende no para perderse sino para volver  
transformado  
a su centro singular  
a vuestro yo relator, imbricado, enunciativo.

¿Tenéis miedo –os pregunto– de repetir asuntos  
o antiguas interpretaciones o simples ristas  
de palabras?  
¿Acaso teméis la auténtica sinceridad?  
Venid a esta mesa  
alimentaos de estos peces que son de todos  
sed desconsiderados, tomad lo que entendáis vuestro  
y no sintáis vergüenza por decir lo que ya está dicho  
por recordárselo al mundo una vez más  
poned esas palabras viejas delante de vuestro espejo  
y esperad, esperad  
pues ha de llegar el día en que allí, nuevamente prendidas  
se conviertan en señas únicas  
de personalísimos faros.

## XLV

El tiempo, su cariño, su maíz  
su borde o hilo penetrable  
su huevo de los mil engaños  
su mañana auestas, su gesto de principio a fin  
el tiempo, el tiempo descorchado  
el pronto envejecido  
vehicular, pasajero, definitivo  
el tiempo como ración servida al hombre  
como festín auroral del poeta  
como antagónico, como fantasmático  
como simple marco interrogable.

Os habéis sentado al lado suyo y os ha parecido, la vuestra,  
una época de irreversible decadencia, un tiempo  
de invisibles modos, de vaciamiento lírico y de chatura  
vocacional.

Habéis mirado el atrás de los atrases

los siglos ejemplares, y habéis sentido el presente  
este que os toca  
como un picnic mediocre  
como un fin de fiesta sin plato principal ni invitados  
convincientes  
como un inicio de desahucio o un frío  
de vino aguado en las venas.

Pero no caigáis en esa trampa, mirad tres veces si hace falta  
para ver una sola:  
todas las épocas –también las más grandes–  
han pensado, refiriéndose a sí mismas  
que vivían en un tiempo de decadencia artística  
y lo han pensado con motivo  
pero sin acierto:  
hay un engaño de la perspectiva  
que nos permite ver, del pasado, sólo sus torres  
sobrevivientes, sus mejores pensamientos  
sus más nítidos hombres  
mientras que en la realidad presente, patente, vivida  
en nuestro ahora  
el tiempo no ha podido aún depurar lo depurable  
separar lo poco de lo mucho  
las gestaciones hondas de las que no lo son  
los verdaderos artistas, los duraderos,  
de los entretenedores del momento.

Y así cómo no languidecer  
cómo no verse derrotado y plano  
cómo no tentarse la costilla izquierda con dolor de porvenir  
si uno convive con tanta vocación seca  
entre tanta luz sin luz  
bajo tantos labios de inferior dulzura,  
cómo no creer en ayeres de mítica audacia  
de oficio no humillado, de auténtica inclinación  
a la proeza.

Pero es trampa, trampa nada más.

Amad vuestro tiempo como si fuera el único capaz  
de engendrar la maravilla  
protegedlo como a ceros vivientes  
tomadlo de la mano como si se tratara del primero de vuestros  
    hijos  
y no le reprochéis ya nada  
avanzad a su lado y bebed su orgullo  
empujadlo, multiplicadlo, suplantadlo si hace falta  
todo menos pensarlo inhábil  
todo menos creerlo inferior  
a los otros tiempos primogénitos de los otros hombres.

Esta es vuestra sangre, poetas, vuestra única riqueza  
vuestro mejor prestigio.

Divulgad no sus falsas nociones sino sus virtudes aceptables  
sus asomos de dignidad, sus merecimientos  
sus triunfos medios  
pues os parezca más ancho o más estrecho el cauce  
en que os movéis  
es el único cuyas aguas han de llevaros  
a alguna parte.  
¿Quisisteis vivir en otras épocas?  
Echadlas a la corriente, amigos, ¡y ved si flotan!

Luego regresad a vuestro día evidente  
saltad sobre él como si fuera vuestra única presa  
la única ley, miel y plenitud  
que os conmueve.

## XLVI

No hemos hablado, me parece, del orgullo. No hemos sabido de él lo suficiente, no lo hemos rodeado una y siete veces como dando vueltas a una gran casa en la que, sin que nos perteneciera, hemos vivido siempre. ¿Seríamos capaces entonces de perdonarnos ventana por ventana? ¿O nos humillaríamos? ¿O nos veríamos desolados?

Decidme, poetas, ahora que ya estamos casi solos, si alguna vez habéis conocido un pájaro más parecido a vuestro orgullo que el de vuestra desolación.

(Decídmelo sin comas, sin trimestres, entre amigos.)

¿Acaso no es otro escalón, otra gradación, de la misma norma? ¿Otro nombre para la misma dureza?

Vuestras cunas de paja crujen ya, no os piden la comprensión del mundo sino la de vosotros mismos. Allí seréis buenos anfitriones, allí seréis dadores de frutos. Alojáis ese fuego y ya sabéis que no podéis ser justos ni comedidos ni solamente

enunciativos. Domeñad con pala vuestro orgullo, agolpaos, abundad: vuestra inmoderación, no temáis, os hará hospitalarios.

## XLVII

Hay una certidumbre de búsqueda y respuesta  
un primer gran botín, un oro madre para el poeta  
hay un bajar y bajar hasta ese gozo  
de la médula verbal, hasta ese vestigio.

Hemos de reunirnos ahí, por debajo de la costra gradual  
del decir, de las palabras  
hemos de ser más súbitos y más humanos  
menos equivalentes y mucho  
mucho más glandulares, y tocantes, y estremecidos:  
hay que recuperar todavía tanto hálito,  
tanto adentro.

Hemos andado mucho y estamos llegando ya al comienzo  
a ese reino o légamo donde el lenguaje  
mueve sin conceptos sus patas himenópteras  
donde no se acota el ejercicio del decir

ni se diseca, ni se parcela  
donde existe una única palabra que significa lo mismo  
que la suma de todas las demás palabras  
y hay fascinaciones tempranas, génesis mágicos y vínculos  
verdaderamente alusivos.

Hemos de reunirnos allí, cada cual con su tono y su fuerza  
con su rodilla y su furia  
convencidos, intimantes  
moviendo nuestras barajas por sobre nuestras cabezas  
felices como ámbitos  
pues si hay algo más hermoso que partir  
—poetas de la reintegración—  
será el regreso  
la búsqueda del modo visceral y convergente  
la entrada oportuna en ese barro, en ese recinto  
de los primeros cantos y gemidos  
los que en su cuajo y su ayuno respiraron como hombres  
los que en su conmoción desesperada y en su puja rompiente  
y en su numérico estallido  
dijeron siempre más de lo que decían  
y sacrificaron más, y estuvieron más al lado,  
defensores, de su buen sentido.

Podríamos engañar a los otros con bellos discursos  
con palabras-ánfora, con frases trajeadas

pero hemos de caer –nosotros lo sabemos–  
a una responsabilidad más honda  
hemos de hacernos más ligeros y mucho más pesados  
sacudir con rigor y desborde  
el panal mayor de lo decible, de lo expresable  
asaltarlo con mejores dudas y con alingüísticas nociones  
con dolores de cuna, con situaciones de mundo  
con duración y entrega.

Juntad los ojos locos y la canción de trapo  
enumerad los dioses  
recibid una garganta, una cintura, golpeadlas con estrellas  
con labios que se juntan, con huesos padre  
sed muchachos subidos a la alta columna expresiva  
haced un nudo extenso en vuestro pecho y luego dejad  
dejad  
que por él vaya entrando, como por un ojal,  
el íntimo pan azul del universo.  
Comeos con flor, debutad las manos, sorprendeos bebiendo  
de una sábana derramada  
o de un cántaro con tormenta  
o de un oleaje ninguno.

Todo lo iremos contando, cada intuición, cada región,  
cada trabajo  
a cada sí le daremos su decurso, su milagro

pero no con equivalencias de a bulto  
no con precisas sintaxis ni con lexemas verticales  
no con gramáticas sedatorias ni con semánticas al punto  
tan al punto  
como un beso pasado por el registro  
o una crema para cerrar paréntesis.

Así no alcanzaríamos sino máscaras, cascotes violados  
del lenguaje  
que no son su síncope de amor verdadero  
así no gritaríamos por las grietas de nuestra auténtica lealtad  
la de mensajeros no decorativos sino acechosos  
basamentales, rotundos  
ahí nuestra vocación, nuestra carnadura, nuestro matiz  
por eso llevamos albedríos hondos, por eso  
cargamos con días envueltos en pequeñas mantas  
porque un canto con madre nos espera  
un decir más antiguo que el decir  
con su verdad más primitiva  
y su extensión más cierta  
por eso empezaremos un gran gesto inacabado  
y nos corresponderemos, y viviremos  
tan cercanos a nosotros mismos  
como una patria lo hace con sus cielos  
mejor lavados.

Llamaremos a las cosas por el nombre que no tienen, que  
tuvieron  
las dejaremos centauras, indecisas  
tan abiertas  
como un amor hermano, fraternal y lobo  
no las obligaremos a ser sustancia ni pez barbudo  
sino a permanecer en su mar magnético, comunicativo,  
llamador  
las miraremos siempre como la primera vez  
afloradas, geológicas  
niñas de harina, milagros válidos.

Así sean las manos, manos; y no palabras  
que dicen manos  
así nos salgamos del nombrar facultativo para regresar  
rompiendo cuerdas y seres  
a la matriz de las primeras pronunciaciones  
al terrón sin trébol, a lo magmático  
a lo raquídeo.

Lo haremos como esposos furiosos, como fundadores  
de los más antiguos sarmientos  
frenetizaremos, arrobaremos, lujuriaremos  
clavo a clavo entrañaremos  
con matracas locas, con desobediencia y ritmo denso  
y capacidad anunciadora

con hambre y dime, con pies nocturnos, saldremos  
acoplantes, sonoros, carilimpios y enfundados  
hostiles y familiares, voluntarios  
roncos y elegidos, desalambrados, fónicos  
con un canto en cada oreja  
en cada jornada de los ojos solos  
en cada mitad o llanto o primer hijo.

Está la sal dispuesta, tenemos confianza en la tierra  
y en los brazos extendidos  
ya es inevitable, ya somos  
lo que algún día seremos  
ya podemos empezar el grito que despertará a las piedras  
el que vinculará la sangre con los caminos, la nieve con los  
hijos,  
las patrias, los dormitorios, las ningunas voces, el cazo de  
agua,  
las meditaciones, los dolores marinos, todo  
todo reunido y tangente, tocante entre sí  
pletórico, poético, vislumbrado  
traído apenas desde su sueño maremagno  
desde su historia sin historia  
para que nuestros párpados sepan  
para que beban de ese cuenco como futuros leñadores  
como horizontales dioses insólitos, viscerales, cereales,  
pulsativos.

Conjunciones que aman, tambores que accionan el aire  
y que son capaces de hacer llorar a los abismos de la razón  
a sus islas, a sus recintos  
porque van más lejos que los trabajos paralelos  
del amor y de la poesía  
porque son más imponentes que las lámparas de la locura  
y más independientes, y más divinos y embobados  
porque se tragarán más gente y dormirán luego más tranquilos  
desnudos como mentiras jubilosas, como niños endemoniados  
o como virtudes permanentes.

Seamos capitanes de esa gran sonrisa, digamos la hipertrofia  
aspiremos al último zapato compartido  
construyamos panales, no patrimonios  
levantemos la barbilla del idioma hasta que el juego cese  
corramos sin máscara y aspiremos a la muerte amada  
al voto enigmático, seminal  
y a la hoguera maestra  
del cuerpo, del vivir, de la memoria.

Hemos pertenecido, hemos reptado, fuimos asaltados  
por barnices rituales, por mezclas corrientes  
de respiraciones distraídas y conciencias adultas  
fuimos riendas cariñosas  
antes de este día de las nuevas infancias, de los encadenamientos  
por eso preparad vuestra latitud, vuestros mejores bosques

porque ya empezamos a morir hacia la madre  
a nacer contra ella  
a devorar nuestro propio ombligo como niños sagrados  
que no saben lo que hacen.

Estaremos en el estar, despiertos y significantes  
como un pueblo que ya no llora aceite  
ni susurra medios cuentos  
ni perdona ventajas que no son suyas, continuaciones  
que le pertenecen como un aire o una mirra;  
acontecemos, diremos lo decible con toda su baba  
gemiremos con nudo, practicaremos sin república  
los nombres, los fuimos, los destinos  
y luego a ver quién entra en él como una semilla en una  
campana  
y lo asume, y lo obstina, lo lame y lo reparte.  
A ver. Quién.

Aún más conmovidos que un humo o que un primer afecto  
hemos de continuar el mundo  
lo ensancharemos diente a diente como una pequeña idea  
como un huerto crecido en nuestra almohada,  
tendremos millones de invitados  
que curvarán con saliva el pan que les damos  
la tierra que les damos  
y ya no habrá distinciones de grandeza ni vírgenes de concilio

pues con trágica clarividencia  
renunciaremos a todo lo que no suene a herramienta pura,  
a primer estímulo, a inminente espejo.

Estas son las regiones placentarias, las del lodo entrañable  
y nosotros los hombres del primer huevo, los que llevan sus  
costillas  
con la niñez aún por fuera  
y los ojos llenos de miga, tiernos y más tiernos cada vez  
sin herencia, sin pasado ni graznidos de cuervo sabio.  
Están tan sin mundo nuestros ojos, tan ramificables  
que un guiño suyo es casi un parto, y dos  
una oración.

Intimidades, mitologías, ay, congruentes mitades  
sustancias agramaticales, espesuras, afonismos  
aquí termina el poder de los signos, aquí nuestro hocico ama  
solamente su sopa larvaria, su pozo oral  
aquí no habrá engaños de tercera sílaba ni rancios predicados  
¡arderán los sufijos como si fueran indemostrables  
hipótesis geométricas!  
Y así nos veremos por fin solos, desnudos hasta el palpito  
frente al río del primer idioma  
y tomaremos un cuenco y en él nos bañaremos  
embrionarios, caóticos, ascendentes  
como si en cada orilla existiera el germen de un planeta

y más allá no hubiese nada  
ni un solo viento, ni un solo hombre, ni un mediano dios  
repartiendo los bosques, las pasiones, los zapatos.

Nosotros somos el nuevo acto concatenador  
raigal, intolerable  
nosotros los insectos invasores, el sino incubador de las  
gallinas legendarias  
la fuerza del inevitable diluvio  
la circulación maciza, adensada  
el resumen de lo tanto, su preludio  
el ojo imaginativo arrebatador de símbolos  
fundador siempre, entrañador siempre  
vegetal casi, de tan humano.

Hemos descendido tanto, ¿verdad? que debemos estar  
llegando ya  
a ese lugar de nuestra naturaleza, de nuestra esperanza  
en que hablar por uno mismo es casi igual  
que hablar por todos  
a ese fondo común en que devendremos novios de todos los  
cantos  
y de todos los seres  
de los siglos del tiempo y de los días de la tierra  
aquel sitio de la conciencia donde ya sentimos anudarse  
como químicas amadas o como criaturas con tambor

los nacimientos de las próximas antorchas, de los próximos  
océanos,  
panes, hijos, salmos y fechas coronadas.

¡Jinetes puros, locos imantados, seguidme hasta el principio  
hasta el hilo presente de esta historia!

Aquí es donde vuestro egoísmo se convierte en fruta universal  
donde el alma bebe su pulpa y luego se reparte en pucheros  
donde todo alcanza su mortal tamaño, su alusión perfecta  
y se crean con herramientas sin asombro, humanas por fin,  
las cosmologías limítrofes  
esas que habrán de salvar con saltos incomparables  
los abismos abiertos entre el mundo y la palabra  
entre la realidad vivida y su discurso alcanzable  
ese sistema sin sistema, articulante  
de la escritura como puente abrigador  
de lo expresivo y puro, de lo íntimo-subjetivo  
de la vislumbre –siquiera imaginaria, fugaz, confusa–  
del verbo adánico.

Busquemos esa concha, ese fósil  
desenterremos el continente circular  
de los primeros nombres  
esa masa de sentido poético que hubo en cada cosa  
antes, mucho antes, de la edad de la palabra.

Tenemos nuestra montura, hacedores  
nuestro camino de nieve, nuestro ministerio  
vayamos pues convencidos hacia esa sien volcánica  
hacia esa proposición, hacia ese centro  
en que seremos grandes árboles representativos  
padres y poetas que finalmente ofrecen y formulan  
ese decir que los otros hombres tienen por dolor  
o secreto inexpresable, por roto bolsillo  
o silencio nonadie y necesario;  
acudamos, dadores, a ese hueco, a ese universo  
de abanico y amenaza  
de posibilidad y filo pertinente  
de voluntad y tierra y rostro y yo te escucho  
¡decidlo, repetidlo!: yo te escucho, hombre partido  
yo escucho tu vientre y tu pena  
yo te nombro, te invento, te apueblo  
te ensancho y te lavo, te doy  
mi voz, mi salud de herrero, mi otoño, mi cuña y mi guitarra  
yo tiendo mi vida entre tu vida y el mundo  
para ser tu intérprete, tu mano guía,  
tu confesión nueva.

Aún ha de haber mayores revelaciones, aún traeremos  
saliva y pensamiento, verbo y trino  
desbordes del alma por sobre los viejos inventarios  
por sobre el muro de los repetidos usos,

de las normas del sentido  
y de las categorías estáticas  
aún traeremos más afán, más flujo e intuición  
mayores maravillas sin causa  
aún, más aún, tan aún  
como en los cantos primitivos, como en la niñez  
de los rezos del mundo  
como si todavía fuera posible  
encontrar con edades nuevas, a la orilla de algún río,  
la primera palabra de la tierra  
y nosotros trajésemos, tal mensajeros suyos,  
el oro de la conciencia, el metal del día y la obstinación  
poética  
como sus últimas e indivisibles materias celebrantes.

## XLVIII

Hemos llegado a penúltimos viejos conservando aún  
la barba blanca del relámpago, de la inocencia  
hemos respetado la piedra, los sentidos, los manteles.  
Nos movemos en volúmenes claros, en promesas  
de cáscara amable.

De ahora en adelante todo será sencilla continuación  
nosotros pendientes del siempre milagro, todavía decisivos  
abriendo y cerrando los pulsos de nuestras próximas  
ambiciones  
entretenidos, dichosos  
como un dios que teje horizontes con sus labios  
o como un hombre que trabaja ya en sus nueces.

